

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

IMPROLIJAS MEMORIAS

CARMEN PERILLI

PRÓLOGO: ROSSANA NOFAL



VERA editorial cartonera

IMPROLIJAS MEMORIAS



IMPROLIJAS MEMORIAS

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

CARMEN PERILLI

PRÓLOGO: ROSSANA NOFAL



VERA editorial cartonera

«HABÍA VIVIDO DENTRO DE UNA TRIBU QUE SE DESMEMBRABA»

ROSSANA NOFAL

La anécdota introduce la habilidad para contar las historias y la experiencia de la escucha. Cruce de calles con infiernos vividos entre los que se quedan y los que se van. Las marcas de la oralidad reponen lo inédito de la mesa de un bar. Las paradojas de la frase no se disuelven, aunque el cuento de la desaparición se repita, entre el desgarró y la poética, en cada una de las páginas del libro. La vida vivida y la vida narrada se cruzan, improprias, en las memorias de Carmen Perilli. Metáfora de una generación, tribu y comunidad desmembrada que recupera las voces y las metáforas de un mundo imaginado. Por otro lado, se inscribe la clausura más extrema de la violencia en el poder desaparecedor del Estado. El libro nos interpela desde tres paradojas insondables: el arte de narrar; la transmisión de la experiencia y el desvarío de los nombres.

La escena inicial moviliza la escritura y el deseo de escuchar una historia: «En la lectura de la sentencia el nombre mal pronunciado una y otra vez. La desesperación de todos porque le quitan también el nombre. Mariano, mi hijo mayor, ya un hombre, grita: SE LLAMABA ÁNGEL MARIO GARMENDIA. Un silencio y nos abrazamos. La lectura sigue monótona pero ahora con el nombre correcto». El grito está fechado y se sucede en un escenario de justicia: «los Tribunales Federales de Tucumán. La sala colmada de dolor y angustia» (8). Los efectos reparatorios del dar testimonio en

ámbitos públicos, sin duda, dan legitimación y veracidad a lo vivido y padecido. Sin embargo, en clave narrativa, el cuadro rememora las demandas de aparición con vida en las marchas militantes de la memoria, la verdad y la justicia. Decir *presente* implicaba anunciar la materialidad del sujeto y su contingencia en cuerpo de palabra pronunciada: decir *yo* por delegación de los que no están. Es imposible cerrar esa herida que se cuenta una y otra vez sin repeticiones ritualizadas. La teatralidad rememorada instala el quiebre de una figuración entre los que escriben el testimonio, entre el documento de la sentencia y entre lo que queda fuera. La voz de una escritora toma el resto y se aparta de los narradores anónimos para inscribirse en la memoria letrada. Deriva de vida entre las muchas muertes cotidianas, biblioteca con libros, mochila, caparazón y acorazado Potemkin. «Cuando alguien realiza un viaje, puede contar algo, reza el dicho popular, y se representa al narrador como alguien que viene de muy lejos» dice Walter Benjamin, en 1936, cuando comienza a construir sus emblemáticas figuras de los narradores arcaicos: el campesino sedentario y el marino mercante, ambos, dice el crítico alemán, tienen su propia estirpe, genealogía y sucesión.

Carmen Perilli instala un modo diferente de contar ese viaje al interior de su propio espacio: provincia, cuerpo, casa. Ella cuenta las «noticias lejanas sobre una guerra que sucedía en nuestro patio» (11); «Esta era una guerra y yo lucharía. Lo único que deseaba era que me devolvieran a mi esposo» (28). Sobre el recorte de un relato se inscribe la historia personal de una búsqueda. Sobre la destrucción de una comunidad, sobre los restos de una mesa con afectos e ideas se construye una nueva clave con la voluntad de sobrevivir. Durante el exilio en la casa de Aguilares se combinan las noticias de una lejanía del viaje figurado de Ángel y la dureza de la búsqueda de los restos de un desaparecido. Carmen lleva a esa casa los muchos viajes en las lecturas, en el cuerpo y en el aire dificultoso de la respiración de Santiago. El pretérito del pueblo se acompaña con una madre extrañada en las rutinas cotidianas de las búsquedas y los cuidados de la crianza. Casi sin palabras comparte el hilo

de Ariadna para salir del laberinto de olvidos y soledades. Octavio, el maestro, trae las letras insondables de un continente con pena y cuerpos mutilados de la conquista en sus modulaciones de barrocos y dictaduras.

La escritura exhuma restos y muertos de otras guerras que iluminan la propia con claves de lucha y de sobrevivir sin heroísmos. El romanticismo de la lógica binaria se quiebra con el juego sutil de la narración que se instala en los lados más complejos: «Pasé toda la noche en vela. Escribí una larga carta a mis hijos por si acaso no volvía. Antes de venir había hablado con Mariano. Le había explicado que tenía que hacer unos trámites por el papá (había tenido que contarle la verdad) pero deseaba dejar algo, una explicación, por si acaso algo pasaba» (31). La escritura de la carta que no conocemos se constituye en contra-escena material de lo incierto. La contingencia trae en el *sí mismo* del relato una ausencia abierta y la voluntad de reparación. La justicia construye una memoria pública, la escritura instala el nombre y la tumba más allá de los lazos de sangre. Memoria entretejida en cartas sobre la vida que se vive y lo que apenas se percibe. El arte de narrar se vuelve esquivo frente al lado épico de la verdad: «De pronto, estaba en un papel que me sorprendía y que nunca creí desempeñar. Protagonizaba una suerte de épica, llena de ímpetus de lucha y un dolor rabioso» (30). El testimonio de Carmen es siempre contingente, porque corre el riesgo de morir antes de hablar o de encontrar los restos de su marido. Resto precario del osario de huesos de la memoria y su resguardo en el testimonio: ese cuento que cuenta el testigo en la sala de la justicia para que algo aparezca. Para que algo sobreviva y se convierta en escritura recuperada sobre una tribu desmembrada y sus identidades. Las memorias serán improlijas en sus fragmentos en tanto texto segundo que se organiza sobre el croquis del primer texto de una vida robada. Sobre el recorte de una mesa, una historia de amor y la realidad que representa. Entre el nombre de la autora y el nombre de la ciudad que habita se exponen los restos de las vidas desarticuladas en la incierta otredad de la violencia.

A Ángel Mario Garmendia,
a Adriana Mitrovich y Ricardo Torres Correa
A todos los que siguen sentados
en la mesa de «La Cosechera»

*Porque ahí donde hubo un corte
apareció la muerte
y se vistió de rojo sangre y de épica
(en realidad poco importa de qué color esté vestida,
siempre es hermosa, siempre es mujer).
Y se quedó durante mucho tiempo,
se sentía cómoda.
Era deseada. Todo el mundo la confundía con la vida.
Y durante años caminó por las calles,
la gente se hizo la que no la veía...*

Jueves 8 de julio de 2010. Es muy difícil describir la escena en los Tribunales Federales de Tucumán. La sala colmada de dolor y angustia. Los rostros envejecidos de los que quedamos y los rostros nuevos de los que nacieron de nosotros. Las presencias malditas a un costado, casi invisibles. Nunca pensé que se podía sentir tanta angustia en una despedida diferida. De golpe regresamos 33 años atrás: mis hijos, a mi lado, vuelven a tener 3 años y 9 meses.

En la lectura de la sentencia, el nombre mal pronunciado una y otra vez. La desesperación de todos porque le quitan también el nombre. Mariano, mi hijo mayor, ya un hombre, grita: SE LLAMABA ÁNGEL MARIO GARMENDIA. Un silencio y nos abrazamos. La lectura sigue monótona pero ahora con el nombre correcto. La sentencia final: prisión perpetua. Tantos rostros superpuestos en los rostros jóvenes. Tantos nombres que se reponen en lugar de los cuerpos en una historia escrita injustamente por unos pocos.

Es extraño cómo hemos aprendido a dejar atrás a esos que fuimos, a los que, al menos yo, miro con nostalgia y pena. Los restos de Ángel y Ricardo siguen en la oscuridad. Pienso en el poema de Octavio Paz: «Y mi vida desfila ante mis ojos sin que uno solo de mis actos / lo reconozca mío: / ¿y el delirio de hacer saltar la muerte con el apenas golpe de / alas de una imagen».

Cuando leyeron el veredicto no podía dejar de pensar en Adriana y el hippie, en Ángel, en Horacio y también en Alberto que murió tan lejos. Muchos proyectos e ideas desaparecen, junto con los cuerpos, tragados por el enorme silencio que dejó solo restos. Ángel aparece como militante del Partido Comunista, miembro del GET (Grupo Evolución Tucumán), militante peronista, etc. A lo largo de este año hubo que aclararlo todo el tiempo. No hay (y me temo que no habrá) un registro justo de un mundo en ebullición, donde la política era constitutiva de la vida. Hoy no se pueden comprobar los importantes matices que nos diferenciaban. En especial los grupos independientes han sido asimilados a los grandes partidos. Todo groseramente simplificado en las clasificaciones. Hasta hoy los relatos de la época solo aceptan lecturas maniqueas; usan el pasado para legitimarse. Algunos sobrevivimos, pero nuestro mundo nunca se repondrá de ese tajo.

Muchos de los cuerpos siguen invisibles, siluetas en las pancartas. Poco a poco se localizan algunos restos. Encontraron a Adriana y a Horacio dos años después del juicio, en 2012, en el cementerio de Tacanas en el interior de Tucumán. El Centro de Información Judicial consignó: «En el evento descrito por el denunciante, recuerda un procedimiento militar con movimiento de autos luego disparos y una explosión, indicando que cuando con sus amigos se acercaron al lugar del hecho pudieron observar un auto Ford Falcon quemado con tres personas adentro carbonizadas, y una cuarta persona joven tirada entrando el monte la que parecía haber sido ejecutada allí mismo. Que los militares les dijeron que se trataban de tres hombres y una mujer. También informa que pudieron ver cuando los cuerpos fueron trasladados en bolsas negras al Cementerio Tacanas distante a 1 km del lugar e identifica el lugar de la fosa».

Esa tarde tenía que llegar temprano a la facultad. Era día de clases prácticas. Ángel me buscaría y volveríamos rápido para llevar a Mariano al médico. Mi hijo no me preocupaba: estaba en la guardería y salía más o menos a la misma hora que nosotros.

El ómnibus, cargado de estudiantes, llegaba ya al parque. Una extraña niebla cubría la entrada; cerca del aeropuerto un incendio. Nadie hablaba ni conjeturaba sobre el suceso; encerrados en la incertidumbre, sabíamos que no debíamos aventurar opiniones. Un puesto del ejército nos obligó a parar: dos soldados subieron a revisar el ómnibus y pidieron los documentos que todos ya teníamos a mano, miraron lentamente uno a uno a los pasajeros. No me resultaba fácil sostener esas miradas inquisidoras, que acusaban con soberbia certeza. Me producían una suerte de inexplicable sentimiento de culpa. Y todos esos años había infinidad de ojos acusadores que nos perseguían. Una mujer a mi lado estaba al borde del llanto. Dos estudiantes míos que leían en los asientos de atrás no podían disimular su miedo. ¿A qué? ¿Por qué? Creo que todos lo ignorábamos a ciencia cierta. Hubo un gran alivio cuando el chofer recibió la autorización para continuar.

En la puerta de la facultad había un puesto de guardia; nos solicitaron nuevamente los documentos. Yo venía pensando en el tema

de la clase de literatura latinoamericana: la novela de un escritor cubano sobre la persecución de un estudiante durante la dictadura de Batista. Entré y firmé el libro que estaba junto a la puerta del decanato. Uno de los empleados de Sección Alumnos me cuchicheó: «¿Sabe, profesora, que ha habido un enfrentamiento con guerrilleros a la entrada del parque?». Hacía tiempo que teníamos noticias lejanas sobre una guerra que sucedía en nuestro patio. Mientras caminaba, un grupo de alumnos me abordó para preguntarme sobre las exigencias de la prueba de la semana. Entre los rostros familiares, reconocí una cara extraña y adusta. Un muchacho joven que llevaba la ropa con esa falta de naturalidad de quien está acostumbrado al uniforme. Se dio cuenta y me interpeló de modo brusco sobre el tema de la conversación. Inmediatamente supe quién era y reaccioné de modo instintivo. Estos tiempos nos habían enseñado a resguardarnos. Me mostré ofendida por su supuesto atrevimiento de alumno que interrumpía la conversación de una profesora; pidió disculpas y se presentó como un oficial de Inteligencia Militar. Estaban en la facultad para controlar comentarios e identificar posibles simpatizantes de los grupos violentos. Había elementos que hacían mucho daño al país, induciendo a pensar de modo erróneo y se convertían en cómplices de los violentos... Mientras desplegaba un largo monólogo, yo observaba, con el rabillo del ojo, el inmenso letrero colocado hace un mes donde un joven barbudo intentaba convencer a un «estudiante» con la leyenda dirigida a los padres: «¿Sabe dónde está su hijo?». Para ponerlo habían borrado otro que rezaba: «La libertad al poder. Obreros y estudiantes unidos adelante».

El episodio no fue más allá, el militar me recomendó cuidado. Cerca del aula escuché la voz de Octavio que había cambiado de tema. Sentados en el pasillo, al lado de la puerta del salón, estaban dos agentes de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado) fácilmente reconocibles. Al entrar Corvalán me lanzó una mirada cómplice y tranquilizante. Conspirábamos juntos en la defensa de ese último pedazo de mundo que nos quedaba: el de los libros. Ahora debíamos tomar atajos para trabajar con palabras. Y nuestras clases se tornaban

peligrosas si se acercaban a los pasados que habían sido abolidos o al presente vedado. La censura venía en una resolución de las autoridades, a la que, a veces, nuestros miedos se anticipaban. La clase terminó y salimos al parque oscuro. Me extrañó no encontrar a Ángel en la puerta. El profesor se ofreció a acercarme, en ese momento llegó mi marido. Estaba pálido y me asusté: nunca lo había visto así. Cuando subí al auto, sin decirme nada, me mostró un papel con una lista de profesores y estudiantes declarados cesantes y colocados bajo la Ley de seguridad 21.260. Con asombro vi su nombre encabezando la nómina. Hacía quince años que trabajaba en la cátedra de físico-química de Ciencias Exactas; toda su vida giraba alrededor de la docencia y la investigación universitaria. En los años del Tucumanazo había sido dirigente estudiantil de la izquierda nacional. No había abandonado sus intereses políticos, aunque no se sentía contenido por las nuevas opciones. Conservaba sus sueños de cambiar la realidad, pero se había apartado de la violencia que había invadido algunos grupos progresistas. Con la vuelta de Perón asistimos al peligroso crecimiento de la violencia de la derecha. Entre dos fuegos, la discusión política había perdido lugar y el único refugio parecía ser la comunidad docente.

Ángel me leyó el resto de los nombres: Carlos, Ana, Alberto, Clotilde, el gordo, Juan Carlos, Antonio, Ricardo... todos estaban allí. La mayoría tenía muchos años de antigüedad; unos cuantos estaban al borde de la jubilación. Setenta personas en una universidad de provincia, echadas como delincuentes, arrancadas de su lugar, declaradas peligrosas. No pude contener el llanto y el bebé que llevaba dentro mío se movió. Yo no figuraba en la lista, pero probablemente pasaría a integrarla en poco tiempo. Estábamos en la calle, no había un alma. Nos abrazamos porque nos invadió la sensación de orfandad e inseguridad. Y, sin palabras, Ángel dirigió el auto hacia la casa de mi suegra. Al llegar se aferró a Mariano. No se resignaba a llorar. Dejamos a mi hijo con Doña Lidia esa noche. Necesitábamos entender lo que había pasado.

Fuimos a la casa de los Fantino. Allí se había reunido la mayoría de los integrantes de la lista. Un raro silencio ganaba el living.

Donde nunca habían faltado palabras, nadie parecía saber qué decir. Cuando nos abrazamos con Ana no podíamos dejar de llorar. Nosotros éramos la Universidad; nos habíamos acostumbrado a sentirnos parte de ella. Era impensable vernos excluidos de la vida que habíamos elegido. Se tronchaban años de trabajo y lucha.

Pasaron largas horas de estupefacción y desconcierto. Un rato después nos consolamos, especulando con la posibilidad de que, como en otras ocasiones, esto fuera un temporal que pasaría pronto. Hasta comenzamos a pensar en posibilidades de trabajo. Muchos, como el Flaco, se sentían reacios a vivir en el «exterior», como le llamábamos a la actividad extrauniversitaria. Preferían migrar hacia universidades extranjeras. Nosotros estábamos en mejor situación ya que la familia podía ayudarnos. Nos dolía la posibilidad de tener que partir, pero sobre todo la de separarnos. Nadie quería perder el tesoro humano acumulado. La amistad había nacido alrededor del trabajo con el conocimiento y la apuesta a un mundo mejor. Ana nos leyó unos versos de Rodolfo Bohoslavsky: quizás había llegado la hora de tomar barcos pequeños ya que evidentemente no podíamos llegar a puerto en la misma arca. Lo único que podíamos desear era llegar todos al mismo puerto.

Tardamos en retirarnos como si apartarnos implicara dejar de ser cobijados por el nosotros. Teníamos miedo y sabíamos, aunque intentábamos negárnoslo, que todo no terminaba allí. Desde ese momento, el terror había irrumpido en nuestras vidas y las seguiría devastando. Cuando Ángel abrió la puerta tuve la sensación de que la casa no nos acogía, la sombra de la amenaza también estaba allí. Pasamos la noche abrazados, intentando mentirnos tranquilidad. Los tiempos que se inauguraban podían separarnos. Sentía que mi vientre se estremecía; la existencia del bebé era una pura vida en medio de la muerte que comenzaba a alcanzarnos.

A las 7 de la mañana sonó el timbre. Me puse una bata y salí a abrir. Ángel estaba sentado en su escritorio con la cabeza entre las manos y no se movió. Yo tenía unas espantosas ojeras y tampoco había logrado dormir. Aún en ese estado, no dejaron de sorprender-

me las lágrimas en el rostro de Raúl, el empleado de Ciencias Exactas que traía la notificación oficial que prohibía a mi marido volver a su puesto de trabajo, incluso buscar papeles y objetos en el edificio: «Perdón señora, perdón. Yo solo tengo órdenes de entregarle esto. Lo siento mucho». Estaba asustado y dolido; conocía al profesor desde su época de estudiante y solo podía ofrecernos su tristeza solidaria.

Ángel no lograba resignarse y planeó todo tipo de defensas: comenzó a escribir notas a las autoridades, a pedir recomendaciones de colegas que daban fe de su «honorabilidad». Algunos compañeros y estudiantes se acercaban de modo espontáneo, lo que, en estos tiempos, era un acto heroico. No faltaron quienes eludieron cualquier lazo que los uniera a los «echados». Había comenzado el proceso de discriminación entre buenos y malos ciudadanos. Cuántos actos heroicos y cuántos actos infames estaba destinada a presenciar. En ese momento, solo quería que todo fuera una pesadilla.

A la noche trajimos a Mariano a casa; dormimos los tres en la cama grande. No era suficiente para confortarnos. Nunca nos sustraeríamos a la sensación de que la puerta podía abrirse en cualquier momento y entraría la muerte. Nuestro mundo había quedado expuesto. Pero todavía había suficiente vida para conjurar el peligro. Al menos, eso creíamos.

Eran las 8:30 de la noche. Los pasillos de la facultad, siempre lóbregos, estaban casi desiertos. La mala iluminación resaltaba la sensación de soledad. Nuestras pisadas sonaban entre las paredes cubiertas de azulejos de un edificio que había sido concebido como un asilo. La clase se había prolongado media hora más de lo habitual. Mi comisión, treinta muchachos, entre los 17 y los 19 años, se había dejado llevar por la discusión sobre *Fuenteovejuna*. A pesar de la censura, la libertad seguía habitando en los libros. Los porteros nos miraban de modo hosco, apurados por cerrar.

Lucía, una de las estudiantes más aventajadas me preguntó si así eran las clases cuando yo estudiaba. No, le respondí inmediatamente. Y mientras caminábamos me dejé llevar por la nostalgia. Me ganaron imágenes de un tiempo perdido, que se pobló de voces imaginarias. A esa hora siempre nos quedábamos después de clase. Era la hora de las reuniones del centro, de las representaciones de teatro, de los debates de películas y, sobre todo, de la caminata lenta y sabrosa por el parque. Cuánta distancia había entre estos muchachos encerrados en una campana de cristal de paredes limpias, con hermosos carteles de propaganda oficial. De vez en cuando, un aviso sobre un picnic o un congreso religioso aparecía prolijamente asentado en el pizarrón, ese en el que antes había exceso de vidas e ideas, muchas de ellas enfáticas y arriesgadas, pero todas alentadas por la

pasión y la crítica. Los muros eran la mejor muestra de las posiciones diferentes que había: por un gobierno obrero y popular; por el poder a los jóvenes; por la libertad sexual; por la cultura nacional... Un torbellino de ideas que prometía un mundo mejor. Nos dominaba la necesidad de conocerlas a todas, de combatir algunas, de adherirnos a otras. Pero siempre con la firme convicción de un futuro mejor.

La voz de Lucía me volvió a la realidad. Más o menos igual, respondí. Cómo podrían ellos entender nuestras luchas, la búsqueda de mundos en la que estuvimos empeñados. Todo había quedado resumido en una palabra: violencia. La violencia nos había devastado aun a quienes la combatíamos; había sustituido a la política oscureciendo todas las salidas.

Mi marido me esperaba en la puerta. Venía de cambiar líquidos de radiografía en uno de los laboratorios en los que trabajaba. A su lado estaba Horacio. Por un momento la angustia me oprimió la garganta. Siempre que los veía en la facultad me sentía culpable por haber quedado adentro. Sabía que para él había sido inconcebible la idea de abandonar los claustros. Aparté como pude la sensación de angustia y me colgué de su brazo. Horacio puteaba contra los militares desahogándose, como cada vez que nos veíamos. Nosotros ya no; habíamos decidido, ilusos, tratar de vivir al margen de la realidad política. A pesar de los consejos prudentes de muchos amigos y conocidos preferimos permanecer en nuestro lugar. No teníamos qué temer ya que nuestras conductas eran muy claras. Jamás habíamos usado ni apoyado la violencia; nos habíamos pronunciado públicamente contra ella. Lo único que podíamos pedir era que nos dejaran vivir en paz.

El auto tomó las amplias avenidas del parque que estaban espléndidamente iluminadas. El general Bussi era un experto en plazas y jardines. Había pintado todos los frentes y, a fuerza de ordenanzas, la ciudad era otra. De alguna forma todos odiábamos estos cambios, esos blanqueos que recordaban las paredes de los cementerios. Era muy costoso el precio que pagábamos por la apariencia de orden. Un monstruo se había enamorado de la ciudad; un siniestro personaje que jugaba a la casita, eliminando todo resto de desorden.

Dejamos a Horacio en su casa y seguimos viaje hasta el departamento de los Fantino. Como tantas otras noches, los cuatro nos aprestábamos para ir al café y olvidar las ausencias. Ricardo y Adriana nos alcanzarían luego. Alberto nos atendió por el portero eléctrico. Desde hacía un tiempo el timbre de su voz tenía un dejo de terror que no podía disimular. Brillante en cuestiones teóricas, nada lo asustaba tanto como la idea de la violencia física. Su rostro cuadrado enmarcado por enormes anteojos nos observó a través de la mirilla y recién ahí nos abrió la puerta. Ángel era distinto, aparentaba serenidad. Tanto él como yo habíamos decidido armar una nueva cotidianeidad, encerrados en nosotros mismos. Una serie de acontecimientos cambiaba nuestro paisaje: la muerte sorpresiva de mi padre a los pocos meses de la cesantía y el inmenso dolor del duelo, así como la alegría por el nacimiento de nuestro segundo hijo.

Ana había vuelto a ser estudiante, terminaba su segunda carrera. Su figura rubia y menuda era tranquilizante. Las dos compartíamos un mundo muy peculiar: ideas, afectos, miedos... Nos convidaron un café. Me contó que en la Escuela Normal donde trabajaba habían llegado nuevas restricciones. Alberto se sentía ganado por el optimismo de nuevas ofertas de trabajo. Habíamos recibido carta de Carlos que exhortaba a seguirlo al extranjero. Pero todos coincidíamos que habíamos hecho la mejor elección y nos dábamos valor mutuamente.

Muchas veces he cavilado sobre la ceguera que llevaba a arriesgar tanta vida e insuflaba omnipotencia. Los brillantes analistas de otros tiempos se negaban a mirar alrededor y aceptar el fracaso. Mucho tiempo después, Carlos me dijo que estábamos unidos por una especie de telepatía interna que nos daba fuerza a todos. Creo que, en realidad, era una membrana espesa que impedía ver la realidad. Bastaba el que estuviéramos juntos para sentirnos protegidos.

Adriana llegó contando que le habían hablado de gente que desaparecía. Nadie le dio demasiada importancia al rumor. Pensamos que exageraba. Adriana siempre tendía a la tragedia, quizá porque presentía el drama que le tocaría vivir. Había estado detenida en la cárcel de mujeres El Buen Pastor y puesta a disposición del Poder

Ejecutivo por su actuación como dirigente estudiantil durante el último Tucumanazo. Advertida por el obispo, la madre había logrado convencerla de que se fuera a vivir a Buenos Aires. Pero ella se empeñó en volver. Éramos amigas hacía largo tiempo. Habíamos pasado juntas la adolescencia y ahora nuestros hijos nacerían el mismo mes. Adriana era un ciclón que a veces me arrasaba. Ricardo, en cambio, tenía la tranquilidad de los elegidos. Su racionalismo excesivo le permitía evadirse de la realidad. Siempre tenía una explicación que lo dejaba en paz y le liberaba de decisiones incómodas. Todo el grupo siempre quedaba atado a los vaivenes emocionales de Adriana, mientras Ricardo la observaba con parsimonia. Generalmente, mi marido era uno de los primeros en ofrecerse a solucionar problemas, lo que provocaba arduas discusiones entre nosotros.

Enfilamos hacia La Cosechera, el bar de la esquina de San Martín y Junín donde nos encontrábamos desde siempre. Muchas generaciones de amigos habían pasado por sus mesas. Todos nos conocíamos, aun aquellos que ocupaban en silencio su mesa. Era nuestro lugar en el mundo, donde nada nos era ajeno; conocíamos a los parroquianos, a los mozos; nos acogían los juegos de luces, los espejos antiguos, las mesas de mármol. Allí reinaba una amistad extendida que remitía al poema de Borges: «Eso es alcanzar lo más alto / lo que tal vez nos dará el Cielo: / no admiraciones ni victorias / sino sencillamente ser admitidos como parte de una Realidad innegable, / como las piedras y los árboles».

Nos ubicamos en la mesa, después de los habituales cambios de lugar suscitados por las inexplicables vacilaciones de Alberto. De pronto unos ruidos sordos llamaron la atención. No tardamos en reconocer los tiros, las persianas del local se bajaron. A dos cuadras de donde estábamos sentados, según nos contaron después, dos federales borrachos habían comenzado a disparar contra los transeúntes. Tuvieron que cerrar las persianas y, consternados, regresamos a casa. Aquella sería una de nuestras últimas salidas.

Era un hermoso día de enero de 1977. La pileta estaba en el medio del jardín; los chicos jugaban alrededor mío; Ángel trabajaba en el galpón del traspatio donde habían instalado la empresa —como a Horacio y a Ángel les gustaba llamarla. Se sentía el ir y venir de Andrés, el ayudante, con los tubos de líquido. Mi hijo menor, sonriente, colgaba de modo silvestre en una ingeniosa hama-ca suspendida del techo. Yo sentía el desasosiego de la siesta. A pesar de que la pileta estaba llena de agua había demasiadas abejas atraídas por las flores del fondo. El clima de armonía ocultaba las tormentas que nos agitaban. Cada vez que veía a Ángel ocupado con los recipientes del laboratorio recién formado, percibía su mirada vacía, perdida en la distancia. Hacía un año que todo funcionaba distinto para nosotros. Hasta nuestra relación había cambiado. Para qué hablar del mundo circundante. Era como si alguien o algo se hubiese propuesto borrar nos todas las formas de vida que habíamos construido.

Pasados los primeros meses de la cesantía, Ángel se mostraba eufórico ante nuevas posibilidades de trabajo. Incluso viajó a Buenos Aires. Yo seguía yendo a la facultad con una extraña sensación de ser una rareza ya que no había sido expulsada y me sentía fuera de todo. Los primeros días fueron terribles. Lloraba en los pasillos, me ocultaba de todos. Vivía mi situación de no-echada como estigma de paria. Todos aquellos a quienes yo admiraba estaban fuera. Yo no. Quedaba

allí a modo de testigo y me veía obligada a firmar documentos, llenar papeles, escuchar conferencias sobre la penetración marxista. Estaba en una suerte de espacio en blanco. Llegaba a casa a participar de las largas conversaciones de los amigos que se reubicaban en un medio hostil; de noche me despertaban las pesadillas de Ángel que se levantaba todo sudoroso. A mí también me asediaba el mismo sueño horroroso: unos hombres entraban y llevaban detenido a mi marido. Yo miraba con fatalidad la escena.

Todos intentaban convencerse de supuestas ventajas de la nueva situación. Mi padre, que infructuosamente intentó convencer a Ángel de que se fuera, nos ayudó algún tiempo hasta que mi marido consiguió levantar la pequeña empresa que llevaba el ampuloso nombre de QUID. La muerte repentina de mi padre a 4 meses de la cesantía fue devastadora. El nacimiento de Santiago un mes después me ayudó.

Muchos de nuestros amigos habían salido del país, unos pocos con contratos, casi inmediatamente. Otros tuvieron la suerte de encontrarse en el extranjero en el momento en que fueron notificados. Carlos fue uno de ellos. Su mujer y sus hijos se le unieron en Dinamarca. Otros, como el Flaco, quizá uno de los más lúcidos, se sentaron a escribir durante meses. Aunque la pasaron muy mal y vendieron todo para poder comer, las innumerables cartas dieron resultado. Cuando les llegaron las propuestas, aceptaron partir. Lo hicieron con dolor y con la conciencia del despojo.

Nosotros acallamos las voces que nos advertían del peligro. Ocultamos el llanto e intentamos construir en medio de la tormenta. El viento se llevaba la casa y no queríamos reconocerlo. Tiempo después me llegaron las palabras de Juan Gelman: «Nosotros arrastramos los pies en ríos de sangre seca, almas que se pegaron a la tierra por amor, no queremos otros mundos que el de la libertad y esta palabra no la palabreamos porque sabemos hace mucha muerte que se habla enamorado y no del amor, se habla claro, no de la claridad, se habla libre, no de la libertad».

Había vivido dentro de una tribu que se desmembraba. Algunos se iban sin despedirse. Otros se emborrachaban juntos por última vez para ocultar las lágrimas y juraban eterna amistad. Estaban los que no querían partir y los que no podían hacerlo. Estos últimos habían desaparecido de los lugares habituales; uno que otro asomaba de vez en cuando pero no sabíamos qué hacer con ellos. La autocompasión era una mancha que se extendía implacable. Los Fantino y nosotros pertenecíamos a los que no querían irse; los últimos de la tribu.

Mientras observaba a Ángel, advertía las arrugas nuevas y la expresión cansada. Él decía que eran imaginaciones mías, pero lo cierto es que todavía dolía la nostalgia del trabajo en la universidad; el abandono de la tesis sobre columnas de burbujeo en los ingenios azucareros; la actitud de muchos de sus compañeros y la mordaza que nos ponía el régimen. Le costaba estructurar una cotidianeidad en medio de tanto silencio. Le faltaban objetivos, sobre todo fines para luchar. La investigación y la ciencia no estaban separadas de la política sino muy unidas. La universidad había sido hasta entonces una retorta de ideas y acciones para cambiar el mundo.

Los dos nos habíamos vuelto sobre nosotros mismos y manteníamos mínimos lazos con el afuera. Nos refugiamos en la familia, sobre todo en nuestros hijos. Yo los miraba y tenía miedo por el

mundo que les tocaba vivir. Ángel se acercó, pasó su mano sobre mi hombro. Era su forma de arrimarme cariño. Así nos sentíamos seguros. Si por un lado el exterior era hostil, nosotros estábamos más cerca que nunca. El nacimiento de nuestro último hijo, un varón, nos había unido aún más. Y la casa con sus risas bajo la luz del sol tucumano nos parecía toda nuestra. Pasábamos horas y horas dentro de ella. Salíamos muy poco. Era muy difícil. Si bien éramos de los pocos que aún íbamos al cine y salíamos a tomar un café de noche, ya no encontrábamos quiénes nos acompañaran. Todos confiábamos en que la situación se aliviaría. Queríamos retornar a la cotidianeidad perdida.

Sin demasiadas ganas habíamos aceptado la invitación a salir esa noche e iríamos al cine. Andrés, un chileno alto y flaco que trabajaba en el improvisado laboratorio, se despidió con su bonhomía de siempre. Lidia se quedaría con los niños. Nos arreglamos y salimos en el auto. Nuestra casa estaba situada en Yerba Buena, al pie del cerro. Pasamos el control policial en El Cristo. Cuando llegamos al departamento de nuestros amigos, una voz tensa nos pidió que subiéramos. Pensamos que era otro de los ataques persecutorios de Alberto. Ana estaba demudada. Entrecortadamente nos contaron: Adriana y Horacio habían sido secuestrados mientras estudiaban para un examen de Arquitectura. Ricardo y Graciela habían «desaparecido» cuando salieron del hospital para buscarlos. Iban en el auto del que no quedaron rastros. Desde ayer no se los encontraba en ningún lado. Pensé en Solana que tenía la edad de mi bebé, en Pablo, en Irene y en Silvia, la mujer de Horacio con un vientre de tres meses. Se sabía de gente que «desaparecía» detenida por grupos de encapuchados, pero todos eran rumores, aparentemente sin fundamento. Ahora, no. La realidad nos golpeó la cara. Podíamos ser las próximas víctimas. Toda la noche intentamos averiguar por nuestros amigos, pero fue en vano, inútil. Decidimos partir cada uno a su casa y pensar en abandonarlo todo e irnos. Ahora era el país el que nos rechazaba.

Hacía frío, pero el sol era radiante. Los naranjos del pueblo sombreaban las calles. Cruzamos la plaza llena de chicos jugando. Don Virgilio recogía las pocas hojas secas. Me saludó con la cordialidad de siempre. Sentía una extraña sensación de irrealidad. Desde hacía tiempo que experimentaba el vago temor o deseo de haberme bajado del mundo. Pero nunca como en estos meses en este rincón de mi infancia.

Yo estaba afuera, disfrutaba una suerte de libertad particular. Vivía en una pequeña cápsula de libros, enfrascada en la obsesión de encontrar a Ángel. No podía sumarme a esa marea de risas, de euforia de la que todos participaban. Esa bandera celeste y blanca con un sol exhibida de modo casi impúdico había dejado de pertenecerme.

En la casa de mi madre no se prendía el televisor porque ella, sin decir palabras, comprendió toda mi bronca cuando el primer día corrí a mi pieza para no romperlo. Mi hermano partía al club masculino protestando. Yo me sentaba a leer o a escribir. La máquina era una de mis grandes armas. Escribía cualquier cosa, casi como un ritual. Sentía la imperiosa necesidad de sustraerme de la realidad que aparentemente era unívoca y me rechazaba.

Era 21 de junio. Había leído las listas de la mañana buscando en vano nombres conocidos. Hoy hacía un año. La gente en sus casas se preparaba para ver un nuevo partido. De todas las puertas salía la

música del mundial. Los argentinos se sentían triunfadores. Yo, que siempre había amado este pedazo de tierra, sentí náuseas frente a ese patriotismo.

Las imágenes del pasado se me superponían con las del presente. Una parte de mí pugnaba por volver un año atrás. Mariano me llamó: «Mamá, mirá las banderitas del Mundial, ¿por qué no me comprás una?». Le contesté que después. Cuando entré al pasillo mi hijo menor estaba en su cochecito. Lo levanté y lo llevé adentro. Eran las 12 del mediodía. Preparé el puré. Entonces estábamos en la confitería y Ángel pasaba su mano por mi hombro. Preparábamos todo para irnos. Estábamos llenos de proyectos. Alberto expresó su esperanza de que lo de los chicos fuera una simple averiguación de antecedentes. Ángel apretó aún más mi brazo. Los dos sentíamos miedo de separarnos. Ana insistió en que fuéramos a tomar un café a la siesta. Nosotros comíamos en lo de mi suegra. La casa ya estaba levantada. Los chicos estaban en el pueblo con mi mamá.

Santiago me tira el puré, no le gusta demasiado la comida sólida. Se refriega contra mí y juega con la cuchara. Mariano llama al perro y se ponen a luchar en el césped. El ruido de los televisores encendidos me persigue. Ya está anunciada la entrada de los jugadores en la cancha. En este momento millones de argentinos sentirán que hacen patria, apoyando a su cuadro de fútbol, sin arriesgar más que los gritos.

El auto se detuvo frente a la casa de doña Lidia. Bajamos. Ángel pasó directamente al escritorio del fondo. Yo me quedé charlando con la tía Yoli en la cocina. La tía Blanca estaba en cama. Inmediatamente unos golpes. Pensé en los proveedores. Generalmente se anuncian así en el barrio. La Yoli abre. Cuatro figuras inundan la cocina. Y mi certeza de que ya están allí, de que nada ni nadie puede detenerlos. Piden documentos. Preguntan por el dueño del auto, los interpelo. Se presentan como investigadores de Coordinación Federal.

Mi madre me llama, me muestra la Santa Rita llena de flores que ha sido ferozmente atacada por las hormigas. Me cuenta que

fue al cementerio a llevar flores a la tumba de mi padre y que el monumento estaba lleno de humedad. La culpa es del resto de la familia que no la ayuda con la limpieza. Y siempre fue así...

Mi marido aparece en el hall. Niega haber atropellado a un ciclista. Muestra su carnet de manejo pero detrás de su aparente tranquilidad, leo el terror en sus ojos. Mi desesperación no tiene límites. Hemos caído en la trampa. Ya no podemos escaparnos. Están acá, tal cual lo soñé todas estas noches...

Los pasos de mi hermano resuenan en el garaje. Ya llegó del estudio. Pronto comeremos. Mi madre sale a recibirlo, Mariano salta de su silla, siempre le trae algo, es muy bueno con los chicos y se aguanta la invasión que somos.

Le piden que los acompañe, que el error se rectificará en la Seccional, que se demanda al dueño del auto por haber matado a una persona. Es una mascarada. Todos sabemos que mienten. Los revólveres abultan en sus sobaqueras. Mi marido se da vuelta y me dice: «No te preocupés, cielo, enseguida vuelvo». Yo quiero seguirlo en un intento inútil por saber adónde lo llevan. Uno de los tipos, cuya cara cuadrada me queda grabada para siempre, se me acerca: «Señora, con usted no es la cosa, quédese en el molde». Pienso en los chicos, en Ángel y en el momento en que lo suben al Falcon verde sin chapa, lanzo un grito y me siento morir...

Mi madre llama a la mesa. Me arrastro. En la calle todos los argentinos parecen felices. Argentina ha ganado la semifinal. Hoy 21 de junio es un día glorioso. Yo pienso en Ángel, miro a mis niños y ya no tengo fuerzas para llorar. Simplemente me dejo morir, una de las tantas muertes del día.

La primera noche sin Ángel. Durante horas esperamos inútilmente que el teléfono llamara o la puerta se abriera para decirme que todo era una equivocación. Decidí irme a la casa y me di cuenta que no podía. La casa era una trampa. En realidad, ya nada me importaba. La noche anterior había soñado con el secuestro paso por paso. La decisión de Ángel de quedarnos hasta alquilar me parecía suicida, pero no había forma de convencerlo.

El dolor y el asombro eran más fuertes que cualquier sensación. Nadie se atrevía a acogerme, solo la inefable tía Mimí. La abuelita me hizo la cama. Lo único que deseaba era sumergirme en una zona de insensibilidad. Había llamado a Alberto que quería verme a toda costa. Lo disuadí y le pedí que se fuera, que nosotros ya no podríamos hacerlo, que yo haría todo lo que pudiera pero que, al menos, ellos se salvaran.

Me sentía vacía. Mi mente solo atinaba a hacer listas de personas a las que podía hablar y que ya por Julio, por Beatriz, sabíamos qué nos contestarían. La almohada ahogó mis gritos. Me habían obligado a tomar pastillas. Mis ojos se cerraron. La pesadilla se repetía una y otra vez: Necesitamos que nos acompañe. Y la pregunta: ¿por qué no me habían llevado a mí también...?

Mi cuñado estaba en Buenos Aires, así que a las siete de la mañana estábamos con mi suegra haciendo la denuncia en la Policía

Federal. Un pariente abogado nos acompañaba, un tanto reticente. Un oficial gordo y sonriente nos hizo pasar. Tomó los datos con displicencia y me miró con sorna cuando declaré que no teníamos nada que ver con la subversión. En realidad, para ellos cualquier joven era subversivo. Explicamos con detalle lo que había sucedido. Doña Lidia, a sus setenta años, temblaba. Nos contestaron que no era su jurisdicción sino la de la Policía de la Provincia. Nos enviaron allí. Un oficial se compadeció de nosotros y nos tomó la declaración. Volví a repetir cada detalle. Me sentía un autómata. Nos dijo, con voz escéptica, que nos notificarían de cualquier novedad.

Dejé a la madre de Ángel en su casa y salí a caminar. Sentía que la sangre no corría por mis venas, que de un tajo me habían separado del mundo. No sé cómo ni cuándo llegué a lo de Ana. Yo no podía llorar. Alberto ya se había ido. Ana se aprestaba a partir sin demasiada certeza adónde. Sentí una mezcla de alivio y envidia al ver que pronto estarían juntos y retomarían sus vidas. Mi cabeza estaba llena de historias de otros detenidos vendados todo el tiempo, las manos atadas sin poder hablar ni moverse, solicitados a dar declaraciones por medio de torturas... Aparté eso de mi mente. Me doy cuenta de que siempre aparté los suplicios de mi imaginación. Lo único que me importaba era que Ángel estuviera vivo.

César volvió en el avión de la tarde. Habló con un oficial de inteligencia que conocía. Este averiguó que Ángel estaba en la Central de Policía, incluso le dijo que había hablado con él y lo había tranquilizado. Todo me parecía un sueño. Un muchacho que se salvó me contó después que, cuando lo llevaron por primera vez para tomarle declaración, Ángel seguía con el pullover azul que le hizo mi madre y con el que lo secuestraron. Lo vio muy asustado y temblando. Fue una de las únicas noticias que iba a tener de él.

El informante nos dijo que averiguaban sus antecedentes ya que se le acusaba de actividades subversivas. Todo era inexplicable. Según este hombre, Ángel estaba tranquilo y todo iba a salir bien. Le advirtió a mi cuñado que yo debía cuidarme, que me habían dejado solo por los chicos, que me volviera invisible. Que si Ángel

era inocente saldría pero que si había el más mínimo indicio de culpabilidad nos despidiéramos de él, definitivamente.

Me enteré que, días antes, mi marido le había dicho a su hermano que temía que le pasara algo. Le pidió que, en ese caso, se hiciera cargo de mí y de los chicos. Me indigné al sentirme tratada como una niña y le dije a César que no me ocultara nada. Esta era una guerra y yo lucharía. Lo único que deseaba era que me devolvieran a mi esposo. Odiaba al país que me hacía esto, que ya nos había despojado de tantas cosas, que nos responsabilizaba de la violencia, que nos impedía pensar, sentir y ahora vivir...

Estuve varias horas sin reaccionar. De pronto pensé en mis hijos. Llamé por teléfono a mi madre que aceptó que nos mudáramos al pueblo. Luego hice los arreglos tendientes a alquilar una casa que ya no me ofrecía seguridad. No podría estar allí sin pensar que en cualquier momento un golpe en la puerta podía volver. Al otro día me fui a Aguilares en un viaje hacia un futuro incierto cargado de pasado. Un raro viaje en el tiempo. Después de muchos años volvía a ser mi lugar en el mundo. Mi madre, sin palabras, me esperaba. Mariano con sus tres años y Santiago de seis meses por el momento solo supieron que el papá estaba de viaje.

Era una noche de julio. El julio más frío que yo recuerde. En realidad, hacía un año que mi percepción de las estaciones era distinta. Había vuelto al pueblo y a su rutina. Con una inmensa necesidad de paz había llegado un 22 de junio y casi no me había movido. La casa, la inmensa casa familiar llena de plantas, me recibía acogiéndome. El mundo me parecía extraño y hostil. Se había levantado un muro entre mi vida de antes y la de ahora.

Me había ido hace mucho tiempo. Había dejado algunas cosas rotas, sobre todo vivencias enredadas, encuentros y desencuentros. La ausencia de mi padre era dolorosa. Una extraña sensación me arrasaba. De alguna manera, esta vuelta podía inaugurar otra forma de estar. Me esperaba todo aquello de lo que alguna vez había huido. Mi madre con sus rutinas; mi hermano intentando llenar el vacío de mi padre. No quería volver a esa isla de irrealidad. Volver al pueblo era un viaje hacia el pasado, sin abandonar el presente. Había salido a los 17 años llena de proyectos y 9 años después volvía con una vida destruida.

Esa fue mi visión de los primeros meses, los más duros. Me sentía incapacitada para comunicarme con mis hijos. Una pared de angustia y de muerte se extendía entre nosotros. Atávicamente intuía que eran lo más importante, pero yo estaba centrada en mi marido. Evitaba dejar entrar en mí otra idea. Mi madre, silenciosa como siempre, se hizo cargo de ellos.

El mundo que me rodeaba había adquirido contornos borrosos, quizá las lágrimas que me había propuesto no derramar borran sus perfiles. La gente se me antojaba lejana. En realidad, yo vivía en una cárcel: de ojos vendados y manos atadas. El tiempo y el espacio reales no me pertenecían. Mientras Ángel no estuviera conmigo, el cosmos debía detenerse, debíamos permanecer congelados en el momento en que nos separamos. No debíamos permitir que todo esto nos alterara.

Ese año inauguró una doble búsqueda. Por un lado, de Ángel; por el otro de mí misma, que estaba perdida y había perdido todo lo que me sostenía. De pronto, estaba en un papel que me sorprendía y que nunca creí desempeñar. Protagonizaba una suerte de épica, llena de ímpetus de lucha y un dolor rabioso.

Poco a poco extendí la mano despacito hacia el pueblo y me recibieron con calidez. Pasara lo que pasara, allá era Carmencita, la hija de Don Dante. Fueron muy pocos los que me eludieron. La solidaridad de la gente había empezado a llegarme poco a poco. No solo a mí, sino a mis hijos.

Alfredo e Inés me dejaron temprano en la casa de mis tíos. Mi abuelita ya estaba levantada y me había preparado el desayuno. Aunque esa noche no podría dormir quería arreglar por última vez los papeles, esa inmensa carpeta que tendría que presentar mañana.

Hacía dos años que mi obsesión era encontrar rendijas donde conseguir alguna información, algún indicio, aunque fuera el más mínimo, de que mi marido estaba con vida. César había ido a Buenos Aires a hablar con la SIDE. Mi suegra y yo iríamos mañana al hotel Versalles que era donde sesionaron en Tucumán. Ya hoy había gente que había venido del campo sentada con mantas en la puerta del mejor hotel de Tucumán, ofendiendo su lujo con la pobreza y el dolor.

Pasé toda la noche en vela. Escribí una larga carta a mis hijos por si acaso no volvía. Antes de venir había hablado con Mariano. Le había explicado que tenía que hacer unos trámites por el papá (había tenido que contarle la verdad) pero deseaba dejar algo, una explicación, por si acaso algo pasaba. El clima era tenso. Nadie sabía qué podía ocurrir mañana. La oposición del gobierno a la visita internacional era tan grande. Era todo lo contrario de la campaña patriótica que lanzaban los medios. Habían enviado tarjetas anónimas a los familiares de desaparecidos instándolos a no defender asesinos.

Yo sentía que era necesario agotar todas las instancias. Había escrito, hablado, llorado, pero ahí donde se presentaba una nueva oportunidad me la debía a mí misma, se la debía a mi marido. Silvia no iba a ir, no quería arriesgar ya más. Julio tampoco quería saber nada, una suerte de parálisis lo tenía atado a la cama. Lo comprendía. No me sentía ni mejor ni peor que ellos. La única manera de sobrellevar esta tragedia era respetando el camino que cada uno tomara. Un pueblo silencioso nos volvía las espaldas con miedo y cobardía.

La mañana amaneció resplandeciente. Un soleado día de invierno tucumano. Cuando llegamos al hotel, la cola tenía más de una cuadra. Los semblantes eran hoscos y silenciosos. Los transeúntes nos observaban con curiosidad. Algunos preguntaban por qué estábamos ahí. Circulaban informaciones confusas. Unos decían que la comisión de la OEA (Organización de Estados Americanos) llegaría mañana; otros que no llegaría. Pero la gente que había sido avisada no se movía de sus lugares. La figura encorvada de mi suegra con su bolso no se movía de mi lado. En un principio nadie se atrevía a hablar. La desconfianza era otro de los sentimientos que había sembrado la separación entre nosotros.

A las 2 de la tarde comenzaron las provocaciones. La comisión ya sesionaba. La prohibición de fotografiar era una de las condiciones puestas al gobierno. Sin embargo, logramos advertir que desde un hotel próximo un hombre nos filmaba. Después policías de civil pasaron insultándonos. A pesar de ello la solidaridad comenzó a propagarse en las tres cuerdas de gente que se sentía agredida. A mí me acompañaron amigos desinteresados que me hicieron emocionar.

En ese momento era esencial mantener la calma. No permitir que la agresión nos dispersara. La tarde se hizo larguísima. Parados en el rayo del sol nadie dejaba su puesto, a pesar de que no había agua ni comida. Se sucedían las escenas desgarradoras. Familias enteras, madres con niños, amigos, ancianos. Todos contaban más o menos la misma historia. Había gente muy humilde que, por primera vez, iba a contar su caso.

Cuando me di vuelta me encontré con una mujer muy delgada de unos 40 años. Le pregunté por qué estaba allí y me respondió: «...por mi mamá de 80 años y su nieto de un año. Los llevaron juntos». Nunca terminaba de sorprender la crueldad de los represores.

A las 9 de la mañana se iniciaron las audiencias. Nosotros recién entramos a las 6 de la tarde. Pasábamos en grupos de 10 personas; dos miembros de la comisión muy bien vestidos con dos secretarias recibían las denuncias. Era evidente que las historias los golpeaban. Había mucho escepticismo en algunos, pero otros, más ingenuos, creían en una especie de poder mágico de estos extranjeros que venían a devolverles a sus familiares.

Un campesino de tez y manos rugosas ofreció todo su sueldo para que se quedaran todo el tiempo necesario para encontrar al hijo que le habían arrancado. Incluso les iba a preparar un chivito para traerles. Una mujer les había preparado un plato con empanadas para pagarle las molestias. Todos clamaban por soluciones. Sin violencia pedían aquello a lo que más derecho tenían: saber de sus seres queridos. Un muchacho les imploraba que averigüen sobre sus padres, se los habían llevado juntos y nunca más había sabido nada. Una mujer grandota y afligida les pedía que encuentren a su nieto de dos años; hombres encapuchados habían entrado a la casa de su hija y, al no encontrarlos, habían llevado al niño. Doña Lidia observaba silenciosa y sus ojos azules se llenaban de lágrimas. Los relatos se desgranaban y se convertían en colectivos; nos pertenecían a todos. Cuando nos tocó el turno, entregué la voluminosa carpeta llena de datos y fotos. Nosotros ya teníamos una ficha hecha.

La cola continuó durante dos días. Fue el último destello de esperanza, pues a partir de entonces no se nos permitió hacer el más mínimo trámite y ya nadie se molestó en darnos respuesta. Después nos enteramos de que, en Tucumán, antes de la llegada de la comisión, el general Bussi había dado órdenes de eliminar cualquier prueba.

Los jueves. Una antesala del infierno. Mi antesala privada. La mía y la de muchos. Mi suegra había llamado esa tarde. Me acosté temprano. Di una y miles de vueltas sin lograr dormirme. Hacía frío. Me dolía el cuerpo. Generalmente, me dolía el cuerpo después de haber batallado la mitad de la noche con la pesadilla de siempre. Esos jueves se extendían infinitamente a lo largo de cuatro meses. Durante toda la semana las expectativas crecían. Podía ser que nos tocara a nosotros. En la lista del otro viernes están, fíjate que ya han salido muchos... Y a medida que las listas salían, la sensación de que había un lugar para la espera, pero también la tremenda decepción de no encontrar un nombre...

El ritual. El maldito ritual de los viernes. ¿A cuántos ayudó a morir? ¿A cuántos a vivir? El azar determinaba la inscripción de un nombre y un número en una hoja de papel donde se «blanqueaba» a los desaparecidos. Nos acostumbramos a ser 300, 400 o 500 nombres. La gente había perdido su capacidad para el asombro. Quizá ni leía.

Pero yo me precipitaba sobre esa primera página y la devoraba. Mi estrategia consistía en esperar los pasos de mi hermano y de mi madre muy temprano. Continuaba en la cama, generalmente con Santiago al lado. El asma del bebé me obligaba a pasar las noches en vela. Sabía que ellos leerían el diario, que si estaba el nombre de Ángel subirían a despertarme. Esperaba el grito, repetía

mentalmente una y mil veces la escena. Los pasos de mi madre escaleras arriba. Su grito. Mi nombre. Y el de Ángel. El de Ángel en letras pequeñas de molde. Una y mil veces lo presagiaba.

Aquella mañana nadie había subido. Todos habían viajado muy temprano a Tucumán. Después de componer mi cara con agua fría, desperté a los chicos y les hice el desayuno. Mariano me daba charla. Entraba a las 9:00 al jardín y ese día era su cumpleaños. Le había hecho una torta para que llevara. Esa era otra de las cosas que podían destrozarme. Las fechas. Los malditos hitos familiares que marcan las ausencias.

Busqué el diario con desesperación. Dónde mierda lo habían metido. Revisé hasta encontrarlo perdido en el fondo de un cajón. La muchacha trajo el desayuno. Y me miró sobresaltada al ver que yo abría *La Gaceta*. La interpele: «¿Qué pasa?». «Nada, es que la señora...». Y salió.

Durante ese tiempo agarraba las hojas del periódico de una manera especial: con temor, con esperanza, como si fuera una increíble caja de Pandora de la que podía salir cualquier cosa. Una palabra podía matar. Una palabra podía dar vida. En realidad, era un modo de conservar un nexo con Ángel. Abrí el diario. En la primera página la foto de Harguindeguy, una verdadera hiena. Comencé a leer. Los chicos me miraban. Manoteé los anteojos negros y me los puse. Tenía los ojos llenos de lágrimas, de lágrimas de rabia: «¿Qué pasa mamá?». «Nada, querido, que María te lleve a la escuela. Yo iré a la hora del cumpleaños». En ese momento, ver a mi hijo me resultaba intolerable. Sentía que el cuerpo no me respondía. Y las letras del diario bailaban: «Podrán pedir un recurso con presunción de fallecimiento los familiares de los desaparecidos...».

Los desaparecidos... desaparecidos. Una palabra que parecía designar un pase mágico. En realidad, designaba a seres humanos. Seres humanos que cayeron en una especie de tierra de nadie donde no había quién respondiera, ni aún hoy lo hay, por sus vidas o por sus muertes. Y ahora... un hijo de puta nos ponía el rifle en la mano y nos decía: «Si lo necesitan declárenlo muerto, si aparece (cosa poco probable) no tendrá derechos».

Me recompuse. Vestí a Santiago y fuimos a la escuela. Mariano estaba radiante. Yo sentía que me movía en otra dimensión. Deseaba que nadie me hablara porque mi rabia no iba a poder contenerse, porque sentía la complicidad de todos los que me rodeaban. En momentos como ese, los odiaba. En verdad no era odio sino desprecio, asco. Sentía asco por esa gente que no quería estar enterada.

Fuimos a los juegos de la plaza. La tensión fue cediendo. Volví a apelar a mis inagotables fuerzas y a defender que Ángel estaba vivo porque yo así lo creía. ¿Cuándo aprenderemos que los que nos rodean tienen su propia vida y su propia muerte sin nosotros? Y las mentiras. Las mentiras de siempre. Se fueron de sus hogares. Están en el exterior. Es un fenómeno normal. Y los fascistas patrióticos de siempre. Por supuesto con encomiendas a la Virgen y a los santos...

La impotencia me paralizaba. Subí a mi cuarto como autómeta. Un hombre acababa de declarar muertas a cinco mil personas con un discurso. Era como si ese discurso fuera en realidad el que los había matado. Pero Ángel... ¡Ángel no! Y el dolor animal en las entrañas. Y la sensación de muerte que no me larga. Y la incredulidad. Mi cuerpo contra el piso helado es un llamado. Un llamado en silencio. Un llamado que me amartilla las sienes. Un llamado destinado a morir en mí y que hoy pugna por salir en este papel.

Mi madre había escondido el diario, con actitud protectora. Nadie hablaba de nada. La mesa era una suma de implícitas preguntas. El grito atragantado siguió allí sin poder salir.

A la noche la interminable pesadilla. Alguien me daba un número. Llegaba a una casa, comenzaba a subir infinitas escaleras, en todas había flechas indicadoras. Ya llegaría. Me dirían dónde está Ángel. Llegué a un inmenso salón. En el fondo un cajón oscuro y un plato. En el plato un cheque. El cheque decía: «sale por cinco mil ochocientos muertos».

Me acordé de las palabras del poeta Juan Gelman. La lengua se torna insuficiente para significar la muerte, la desaparición, la tortura, la pérdida del compañero, del hijo: «¿qué voy a hacer con mí / pedazo mío? / ¿qué pedacitos puedo ya juntar? / ¿rostro es

el tuyo? / ¿qué no vemos? / ¿cerca? / ¿muriendo? / ¿desmuriendo? /
¿para siempre?». Ese cuerpo imposible, nunca recobrado, presente
en su ausencia: «cuerpo que me temblás entrado al alma / frío que
me enfriás / manito tuya / manando sombra / sombra / sombra /
sombra / ¿paro tu deshacerte en algún lado?».

Llovía a cántaros. El comisionista me dejó en la casa de mi suegra. Temblaba por dentro y por fuera. *Las Pamelas*, como las llamábamos, habían pasado la noche sin dormir. Hacía muchas noches que no dormían. Doña Lidia salió a atenderme en camisón. Estaba oscuro todavía. Eran las 6:30. Pasé al dormitorio. La vela encendida a Santa Rita de lo imposible desde aquel nefasto día, hacía vacilar los contornos de la pieza. Mi inocente cuñada me miraba con su cara inexpresiva desde la cama. La tía Yoli me sirvió un café intentando darme ánimo. La tía Blanca tenía los ojos desvaídos de lágrimas.

La entrevista era a las 8:00. César pasaría a buscarme. La lluvia seguía cayendo. Toqué el rosario en el bolsillo de mi vestido. Antes de acostarme, lo había puesto allí, lo mismo que un encendedor de mi viejo. Era una forma de darme seguridad. De sentir que alguien me ayudaría. Mi cuñado entró y me llamó aparte. Preguntó si llevaba todos los papeles. Su presencia me aliviaba. Subimos al auto. La lluvia no cesaba. Las horas parecían no haber transcurrido. El cielo tenía el mismo color gris oscuro.

Estacionamos frente al comando, después de haber hecho señas al oficial de guardia. Habíamos atravesado la ciudad casi muerta sin una palabra. César habló con el oficial que nos miraba con desconfianza. Le explicó que el coronel nos había concedido una audiencia. En el auto yo me estremecía. Sentía frío. El soldado le dijo que solo podría entrar

uno de nosotros. Elegí pasar yo. Bajé y entregué mis documentos. Me despedí de César con una mirada. Los dos muy tensos.

Me hicieron entrar a una sala con dos puertas. Tenía puesto un vestido amarillo sin mangas y sentía mucho frío. Apreté fuerte el rosario y recé. No podía apartar de mi mente la idea de que mi marido podía estar detrás de la puerta o haber estado y que solo ese pedazo de madera y el odio de un grupo de personas lo separaban de mí. Ingresaron a la pieza unos oficiales que me sobresaltaron con miradas lúbricas. Sentí náuseas. Luchaba con la idea de que en cualquier momento saltaría sobre sus pistolas y no podría contener mi agresión contra ellos, aun a costa de mi vida. En la pieza había dos sillones. Al lado mío había otra mujer joven muy demacrada, la hicieron pasar. Evidentemente venía por el mismo motivo que yo, pero ninguna de las dos dijimos nada. La puerta se abrió después de una media hora. La mujer salió con el rostro descompuesto. Se me encogió el corazón. Pensé en mis hijos que todavía estarían durmiendo. Pensé en mi padre muerto y sentí que ese pensamiento me ayudaba. Me transmitía valor. Pensé en Ángel y tuve ganas de gritar.

El ayudante me hizo pasar. Yo estaba totalmente anestesiada. Era como si dentro mío convivieran dos personas. La que lloraba adentro, tenía miedo, añoraba la protección, la seguridad que en cualquier momento flaquearía. Y otra que se sentía invadida por una frialdad y una lucidez desconocida, que quería luchar, que se sentía dispuesta a todo. En la habitación había un escritorio inmenso lleno de papeles. Detrás de él un sillón imponente y dos sillas. Me paré en medio de la oficina con desconcierto. Una figura vestida con uniforme entró. Era el coronel Llamas. Su mirada me provocó un profundo asco. La forma en que articulaba las palabras me revolvió el estómago: «¿Qué la trae por aquí, querida señora?». Él sabía muy bien a qué había venido. Su voz melosa se reía de mí y de mi dolor. Expliqué lo que pasaba. Mientras hablaba, se sentó en la silla que estaba al lado mío, quiso agarrarme la mano. Yo la retiré disimuladamente. Sabía que cualquier error podía costarnos caro. Una vez que escuchó lo que le dije, me preguntó con una sonrisa

burlona que quería sonar a paternalismo: «¿A qué tiene miedo? Está muy nerviosa». Desgarrada tuve unas extrañas ganas de reír. Comenzó a interrogarme sobre mis actividades y las de mi esposo. Lacónicamente primero y vehementemente después las fui exponiendo. Hablé de mi amor, de los chicos, de mi marido, su rectitud, su amor por la paz. Dentro mío sentía su deseo baboso. Se solazaba en mi situación. Su mirada lasciva me ensuciaba. De pronto la pregunta que ofendía: «¿Está usted segura de que no se fue con otra?». Solo un gran esfuerzo de voluntad no me arrancó de mi silla. El ultraje de quien especula con la desgracia ajena provocada por él mismo. Simuló revisar unas listas. El escepticismo que su actitud me producía cedió ante esa loca esperanza que siempre me invadía al primer indicio. Con el papel en la mano se acercó al escritorio y, con ademanes de gran actor, bajó la voz y la endulzó más aún si era posible: «Lo siento señora, acá no está, debe hallarse en otra área». La pena me apretó el alma. Él lo sabía. Aprovechó para pasar su brazo sobre mi hombro y decirme, pero no se preocupe yo se lo encontraré. Intentó rozar mi mejilla, pero el asco fue más fuerte que mi amortecimiento y salí corriendo, perseguida por su irónica sonrisa y su voz que me susurraba vuelta el miércoles.

Afuera seguía lloviendo. Mi cuñado me esperaba. Dejé que el agua me empapara. Sentía que el aire volvía a ser puro. La sonrisa amplia y acogedora de César me recordó la bondad humana. Estallé en llanto. El gordo no sabía qué hacer, me apretó contra su pecho y sin palabras, me llevó al auto. Vomité, pero no pude extraerme por mucho tiempo después la sensación de repugnancia que llevaba en la boca del estómago, sobre todo cuando pensaba en Ángel, en su mirada limpia y protectora.

Eran las 2 de la mañana cuando bajé las escaleras a preparar la segunda mamadera. El bebé estaba molesto, quería ver si la leche lo calmaba. Traté de no prender ninguna luz y de no hacer ruido. Se había declarado el estado de alerta por la probable guerra por los límites en el Canal de Beagle con Chile.

Todo el pueblo se veía obligado a permanecer a oscuras, lo que aumentaba el miedo. Era lo que nos faltaba, una guerra. Los ejercicios continuos iban acompañados de una parafernalia patria con banderas y consignas desde la televisión y la radio. A la noche las órdenes eran mantener todo cerrado, no salir, estar alerta, no prender luces. Como si ya no estuviéramos alerta con los rituales permanentes que marcaban nuestra vida bajo vigilancia.

Había estado escribiendo cartas todo el día. Cartas desesperadas que buscaban a aquellos que se habían ido. El correo partía a los lugares más insólitos: Canadá, Brasil, Dinamarca, Suecia, España... En profusas páginas desahogaba el dolor rabioso que tenía que permanecer oculto en este espacio en que vivía. Aunque a veces sentía que mis amigos, atrapados en lejanos lugares, no podrían comprender cabalmente cómo se vivía aquí. Algunos como Alberto y Carlos pedían cosas insólitas como que les escribiera en clave informándoles. Como si no supieran los riesgos que esto suponía ya que la censura abría las cartas. Nunca sabía si el hecho de que hicieran trámites en

el exterior iba a ser mejor o peor. Se cernía sobre nosotros todo tipo de amenazas. Todo seguía como el primer día, sin noticias. Desde el secuestro de Ángel, en cada salida, recorría oficinas insólitas a las que sólo podía acceder escudándome en el nombre de mi suegra. Durante ese período no me sumé a ningún colectivo. Mi único objetivo era preservar la integridad de mi marido. Era consciente de que yo también corría peligro y debía cuidar a mis hijos.

Enormes paredes alrededor de cuerpos sustraídos, habían sido construidas por un monstruoso sistema que sellaba la existencia de los desaparecidos. Una de las respuestas constantes era desesperante: «Si no lo llevó el ejército no hay nada que hacer...». Nuestra vida estaba detenida allá en ese mes de junio ya lejano.

Resulta curioso pensar la cantidad de actividades que uno puede realizar para escaparse al ahogo. Mientras había luz tejía, cosía, cocinaba, atendía a los chicos. De noche, sin demasiada posibilidad de conciliar el sueño, leía, escribía, escuchaba música, veía televisión. Me enchufaba a cualquier actividad. Me había hecho socia del círculo de lectores que había abierto en donde fuera la imprenta del pueblo. Sin demasiada discriminación devoraba desde novelas clásicas hasta *bestsellers*. Cuando viajaba a la ciudad venía llena de libros de todo tipo. Saqueaba las bibliotecas de Genie y de Alfredo. Mi cacería era voraz.

Escribir era una forma de conjurar la muerte, de poner un puente entre mundos que se habían separado. Le escribía a Ángel cada detalle de cada día, contándole los pequeños hechos cotidianos. Una suerte de diario donde hacía planes para un futuro juntos que veía muy cercano. Un futuro que estaba distante o no existía pero que yo adornaba con sueños de reencuentro. Incluso había previsto la posibilidad de que, al salir de prisión, tuviera que conseguir trabajo. Con unos amigos habíamos conseguido, mediante papeles que yo había enviado, que lo aguardara un puesto de profesor en el Nordeste de Brasil. Esas quimeras me permitían negar la posibilidad de la muerte.

Trabar luchas con el cuerpo, eludir las trampas que tiende el miedo, aceptar los riesgos de la lucidez no impedían la sensación de

estar atrapada en el adentro, en un cuarto pequeño y oscuro donde todo está inmóvil, donde solo se podía ver a lo lejos un hueco de luz por donde acercarme al mundo, al menos asomarme.

La leche ya estaba hervida; por suerte Santiago parece haberse calmado. Está todo tan oscuro, la escalera es muy larga... Tropiczo y me caigo. No me queda otro recurso que prender la linterna a ver si encuentro la mamadera. Un grito y un pitido despierta a toda la casa. Es el manzanero encargado de vigilarnos para que no haya luces que los aviones invasores vean. No sé cómo, pero me salta el corazón. Mi madre se levanta en camisión. Los dos chicos lloran y yo tengo que apagar la luz y subir. Las infracciones pueden ser penalizadas con la cárcel. Llevo a los niños a mi cama y se duermen abrazados.

Estaba caluroso y el consultorio estaba lleno. Había pedido turno temprano, pero siempre había que esperar. Santiago respiraba dificultosamente. Hacía dos días que los espasmos no lo abandonaban. Dos días con sus noches. Noches en blanco en las que, perdida la noción del cansancio, administraba remedios, hervía eucaliptos y lo paseaba, apretándolo contra mi cuerpo... El asma de mi hijo menor era inexplicable clínicamente. Comenzó cuando secuestraron a Ángel.

Yo vivía como lejano todo lo que no fuera el dolor o la incertidumbre. Los otros pertenecían a una esfera de la que me sentía apartada. Una membrana cubría el mundo externo, incluyendo a mis hijos. Y en mi necesidad de negar la muerte me refugiaba en el pasado. Una apelación permanente a los recuerdos, imágenes a las que acariciaba insistentemente. Un mundo imaginario paralelo donde no existía el dolor ni la soledad, donde no había necesidad de cortes. Tenía que paralizar la vida, fijarme allá, en aquel martes. Ya Ángel volvería y todo se reanudaría. No era posible que yo viviera sin él.

La gente que me rodeaba era una especie de telón de fondo. Las veía como en una doble escena. No valía nada por sí misma. Mis hijos me asustaban. Los primeros días me sentía incapaz de responsabilizarme de ellos y no quería transmitirles mi angustia. En realidad, no podía compartirla ni siquiera con ellos. Pero Santiago, sobre

todo, desde sus seis meses, ahogado en su enfermedad, me gritaba con su llanto, obligándome a volverme sobre él. Mariano vivió durante un tiempo engañado con la idea de que su padre estaba de viaje. Idea que más que aceptar como tal, era una mentira compartida de a dos detrás de la cual a la que más se protegía era a mí. Así, de a ratos, mi cuerpo comenzaba a integrarse a un mundo distinto. La realidad le arrancaba jirones, aunque durante mucho tiempo yo continuaría aislándonos de ella.

El calor era cada vez más fuerte. Hacía más de una hora que la paciente no salía. Quería volver temprano a Aguilares. No me gustaba permanecer a la noche en Tucumán y no había vuelto a quedarme. Me sentía una extraña. Casi no tenía amigos. De aquel grupo no quedaban muchos. Ana y Alberto estaban ya en Canadá. Carlos me había escrito inmediatamente desde Alemania cuando supo, pero no podían hacer nada. Los demás habían desaparecido. Viviana había viajado para estar con él. No solo me encontraba sin Ángel, sino también sin el paisaje humano al que estaba acostumbrada y en el que me sentía protegida. De pronto había quedado yo sola en la universidad y después sola en Tucumán. Cuando conocí al grupo creía haber encontrado por fin quienes me protegieran de la sensación de no pertenencia que desde que había venido a Tucumán me perseguía. Aunque no, pienso que era desde siempre. Ahora estaba sola. La imagen de un nosotros se mantenía. Iba yo a ser la única portadora de esa imagen durante mucho tiempo, hasta que tuviera que morir para el grupo para poder ser yo.

El médico me hizo entrar. Su mirada trasuntaba lástima. La lástima. El más humillante y maldito de los sentimientos. Lo mismo que la admiración. Los dos me hacen sentir fuera de mí misma. Me reducen a una que no soy yo, otra me toma por asalto y me recubre con una falsa piel. Santiago lloró mientras lo revisaba. Me despidió dándome una larga lista de remedios. La misma que yo conocía de memoria.

Salía de la consulta cuando alguien se abalanzó sobre mí. Era un viejo conocido: Luis. «Carmen, ¿cómo estás? Nos enteramos, ¿sabés algo? No supimos qué hacer». Recordé la última vez que estuve con

él y su mujer. El día anterior al secuestro. Nunca más supe de ellos. Admiradores de mi marido, eran las personas más informadas que he conocido, esos tipos que se masturban con lo que les pasa a los demás. Quizá yo también en alguna medida era como ellos entonces. Nos gustaba examinar los procesos históricos y elucubrar sobre ellos. Pero cuando el hecho que golpea a cada hombre es en sí brutal e irreversible para ese hombre, está incapacitado para ver más allá de él porque sencillamente ha dejado de ser un *voyeur*. No sé qué les dije. Creo que los mandé a la mierda. Todos los que habían querido verme lo habían hecho. María se mantenía detrás. Tenía miedo. Ni siquiera era capaz de saludarme. Yo estaba marcada. Aun hablarme podría ser contagioso. Cuántos encontraría que harían lo mismo. Salí a la calle con rabia. Una rabia que juré no permitirme nunca más. Tomé un taxi y, mientras me alejaba, pensé en todo lo que había cambiado. No sabía cuánto cambiaría más tarde.

Después del secuestro de mi marido me daba mucho miedo viajar en ómnibus. En la ruta estaba apostado el ejército y revisaba uno a uno a los pasajeros. No siempre seguían viaje todos. Encontré la solución en el comisionista cuyo auto iba a Tucumán todos los días a las 6:30 de la mañana y volvía a las 2 de la tarde. Sergio se encargaba de los trámites del pueblo y de paso llevaba a tres. Durante el primer año solo viajaba a la mañana, después me quedaba 1 o 2 días para asistir a grupos de estudio de antropología y psicoanálisis que funcionaban fuera de la universidad.

Recuerdo que un día me recogieron en la casa. Todavía estaba muy oscuro. Llevaba a Mariano al médico así que íbamos los dos. Mi madre se quedaba con el más chico que dormía. Recogimos otros pasajeros, entre ellos un hombre voluminoso que se sentó en el asiento de adelante. Estaba muy cansada, como siempre el insomnio me perseguía.

El hombre comenzó a contar una anécdota. Tenía un vozarrón desagradable. De golpe me sobresalté, sacó una pistola que llevaba consigo. Y vociferaba: «Mirá, esta es una reglamentaria, tengo que llevarla siempre porque tengo muchos enemigos. Ahora estoy yendo al hospital porque en el último encuentro me cagaron a tiros y tuve que permanecer internado casi dos meses. El enfrentamiento fue en Famaillá. Al final los vencimos y los vieras pedir clemencia. No me olvido, con esta pistola maté a la pendeja que los dirigía».

Sergio, que conocía mi situación, farfulló algo. Todos permanecimos callados. Sentía que el corazón se me quería escapar del pecho. Mariano se había dormido, tenía solo cuatro años. Cuando bajé en la casa de mi tía Mimí me largué a llorar, no podía parar. Le expliqué que me había golpeado con la puerta del auto.

Esa mañana fuimos a Tribunales con mi tío a entregar un *habeas corpus* sin firma de abogado porque no habíamos conseguido a nadie que lo firmara. En la espera interminable de la oficina, denunciemos la desaparición como un fenómeno común. Todo estaba lleno de sobreentendidos. El oficial que tomaba la declaración sabía que no se trataba de un caso común, pero seguía impertérrito. Pensar que crecí entre los relatos de abogados de mi padre. Ahora sentía que la ley era algo inalcanzable.

En el departamento de Genie tuvimos reunión del grupo. La cabeza me daba vueltas cuando recibí la llamada de mi cuñado. Una columna de personas marchaba por el desierto de Catamarca. Podían ser los prisioneros que habían sido soltados lejos. El corazón se me desbocó. Me encontré con César y partimos a averiguar de qué se trataba. Lo esperé en un café mientras hablaba con unos amigos.

El general Bussi había dado la implacable orden de recoger a los mendigos que «ensuciaban» las calles, subirlos a un camión y arrojarlos en el desierto de Catamarca. El sol despiadado del día y el frío de muerte de la noche los diezmaron. Eran los locos de la ciudad, vivían de la limosna. El loco Vera cantaba con una escoba como guitarra; Jeff llevaba un antifaz de papel de diario mientras escribía poemas en las paredes; el loco Aplauso agradecía las dádivas batiendo palmas; el loco Margarito llamaba «ingeniero» a todos; el loco Perón arrojaba baldosas al aire y las recibía con la cabeza, al grito de «¡Perón, Perón!» y Pachequito se paseaba por los bares arrastrando una pierna infectada. Uno de los que sobrevivieron y aparecieron casi agonizantes, contó que se desplomaban por la sed y el hambre. La realidad era alucinante, desafiaba cualquier invención literaria. En un gesto de poder supremo el gobernador había decidido limpiar de mendigos la provincia. Cuando salió del hospital, el loco Vera se paró frente a la casa de Gobierno y gritó, con todas sus fuerzas, que estaba vivo.

Cuando llegué al pueblo, el desánimo amenazaba con ahogarme, pero poco a poco esa sensación fue atenuándose. Sabía que no podía irme al exterior con mis hijos y que no había otra opción que la casa de mi madre. Tenía solo 26 años y mi formación universitaria recién comenzaba. Como siempre, encontré un refugio en la literatura. La frase de Octavio, el profesor que me llamaba una vez a la semana me estimuló: «¿Por qué no escribes?». Me puse a trabajar sobre la narrativa de dictadores en la literatura latinoamericana.

Me encerraba en el escritorio que había sido de mi padre con la máquina que me había traído desde Tucumán. Perseguía las historias y fábulas de dictadores por todas las bibliotecas. Me interesaba la cuestión del poder y el autoritarismo. Los amigos me ayudaban en mis búsquedas. La vida que se me iba en el dolor, volvía con creces en la escritura. No importaba que no hubiera interlocutores, ni posibilidad de que mis lecturas encontraran oídos. Lo más importante era ese entusiasmo que, tantas veces, extrañé en los ámbitos académicos.

La vida transcurría lentamente con mujeres vestidas de negro que se levantaban a las 6 de la mañana para ir a misa y volvían a salir a las 7 de la tarde cuando las campanas de la iglesia coincidían con la sirena del ingenio. En el centro estaba la casa, el verdadero refugio. En mis sueños siempre hay casas: la casa de madre, las de mis tías,

la casa grande y solariega llena de patios de mis abuelos. Casas reales y casas imaginarias. Entre estas últimas hay una en particular que descubro asombrada: una casa usada pero confortable donde me refugio con mis niños. Y en esas casas hay roperos: el ropero caoba de mi madre, el ropero blanco con cortinas de mi abuelita.

En ese tiempo las palabras sobraban, pero una gran red se extendía sobre nosotros. Pertenecíamos a la comunidad. Ya nadie nos veía como extraños. La circunstancia me acercó a mi madre. Hacía poco que había muerto mi padre y ella se había jubilado de su cargo del colegio. Los chicos y yo vinimos a darle vuelta la vida. Le caímos cuando se estaba acostumbrando a la soledad y se había hecho cargo de la administración de la finca. Nos aceptó silenciosa y nos cobijó durante todos esos años. Era una voraz lectora de literatura e historia. Amaba el cine.

Sentada junto al fuego me recordaba a esas otras que fue, a veces en secreto, antes y después de ser la madre. Esas sombras la alcanzan: la niña sorprendida vestida de colombina junto a su hermana en el majestuoso sillón del fotógrafo, la muchachita de pelo cortado «como taza» por las tijeras eficientes de la madre, la joven sonriente y segura en traje de baño, la adolescente magnífica y soñadora en magnífico vestido de baile, la mujer segura en trajes y sacos siempre adornados con flores o pañuelos. Ahora era la abuela cariñosa.

Mi madre logró que volviera a escuchar con placer durante horas sus relatos y viera películas en blanco y negro. Ella me parecía Gene Tierney en *Rebeca* o Bette Davis en *La malvada*. Cintas como *Rosa de abolengo* nos deshacían en lágrimas y la protagonista de *Laura* me sorprendía una y otra vez. Su habilidad para crear un mundo que nos protegiera era infinita. Sus manos se atrevían a todo, a un vestido para las primeras fiestas, a una muñeca de medias, a un tapiz de colores, a los sacos. No descansaba ni en el cine donde, mientras nos iniciaba en el vicio de las películas, tejía en la oscuridad. Me enseñó el valor de las manos, del hacer con algo más que con la cabeza.

En los atardeceres nos sentábamos afuera. Las veredas del pueblo estaban llenas de vecinos que sacaban sillas y mesitas para conversar.

El principal tema era el chisme. Masticar viento, dicen en el pueblo. Pasar el tiempo. Dejar que se desgranen las horas sin que importe demasiado. Ese «solo estar» del que habla Manuel J. Castilla cuando escribe «El tiempo, de existir, era lento como una miel dorada». Una miel que me costó aceptar pero que también trajo una paz inmensa.

El destino nos asigna lugares insospechados y, entre los muchos lugares que he ocupado en la vida, uno de los más complicados ha sido el de sobrina ahijada. Esta situación reforzada por mi segundo nombre agregaba una sombra a la figura de mi madre y le asignada una feroz competidora: la tía de mis desvelos. La tía se tomó en serio el papel e intentó todo tipo de estratagemas de seducción pero sobre todo me ofreció una incondicionalidad de la que nadie era capaz. Una incondicionalidad que asustaba por su demanda. Toda esta atención se volcó sobre mis hijos.

Su figura estaba unida a la de la abuelita. Un ser de otro mundo que vino a este para cuidar a su desvalida hija. Desde que me acuerdo, la tía estaba enferma, acostada. Tenía un título, pero no lo usó porque los demás no lo posibilitaron. Su mayor tormento eran las posibles enfermedades.

Devota del horóscopo, pidió a una adivina que le hiciera una carta astral que predecía el año de su muerte. Llegada la fecha predeterminada, se pasó un año aterrada de la posibilidad de cumplimiento del pronóstico. Todos temíamos ser víctimas de su pasión por los horóscopos que la llevaba a pronosticar pestes y catástrofes, como si de ese modo exorcizara su soledad. Sin preguntas y sin temores, en la noche de la dictadura, me acogió en su casa. Me acompañó en todo tipo de trámites.

La tía Mimí era un personaje irreductible a todo lo que no fuera ella misma. Le llamábamos la pícara Sandrita. Solía tener arranques imprevisibles, en general con sesgos de malignidad. Desde su casa sabía los detalles de la vida de los demás y los juzgaba implacablemente. Había en ella algo que la empujaba a destruir vínculos propios y ajenos. Extraña, única, se aferraba a la familia con la misma fuerza con que a veces la atacaba. Representaba su parte siniestra, aquella que pugna por no quedarse en la sombra. Lejos de la mansa tía Chofi de Sabines, siempre estaba para nosotros, a veces en exceso. Se podía acudir a ella en todo momento y nos aceptaba.

En el tiempo de mis penurias, me ayudó de todas las formas posibles. En algunos momentos parecía querer vivir mi realidad. Su marido, un extraño personaje, la acompañaba. Se sentía la protagonista de una historia de misterios. Ella podía comprar una colección de libros de inglés porque creía que el tipo que tocó la puerta para vendérsela era de la SIDE. Una de las aventuras en las que me embarqué y me fue muy costosa fue la del vidente. Sé que no fui la única en acudir a las artes esotéricas por lo que no me avergüenzo tanto. Pero en la desesperación por no tener noticias de la vida de Ángel acepté que la tía hiciera cita con el afamado vidente. En esos tiempos yo estaba dispuesta a creer en todo y, aunque me daba aprensión, fuimos a que me leyera la fortuna.

La casa estaba frente a la estación de trenes al lado de un hotel de mala muerte. Un hombre vestido de rojo nos esperaba en la punta de la escalera. Entramos y nos sentamos ante una enorme mesa con un paño rojo. La puesta en escena era enfática. Con solemnidad afirmó que las líneas de mis manos revelaban un enorme dolor por una pérdida. Mis defensas estaban bajas así que empecé a temblar y las lágrimas salían solas. Le pedí que me dijera qué sabía de Ángel y dónde estaba. Contestó que estaba con otra gente pero que sufría, que le dolía mucho la cabeza y que estaba muy enfermo. Salí desesperada. No era capaz de aceptar semejantes vaticinios. A pesar de que pensé que era un farsante, sus palabras me siguieron dando vuelta mucho tiempo.

Unos días después apareció en el pueblo un alumno de Ángel. Me contó que había estado detenido. Yo no lo sabía. Lo habían liberado gracias a un pariente. Venía a verme con la oposición de toda su familia que esperaba afuera. Se iba al exterior, pero me quería contar que en la cárcel había reconocido las voces de Ricardo y Ángel, que estaban en la Escuela de Policía de la Provincia, pero solo por un instante cuando lo llevaban a declarar con los ojos vendados. Pudo oír que Ángel se quejaba del dolor de cabeza.

Me había visto obligada a renunciar a mi cargo en la facultad, a pesar de la insistencia del decano de que pidiera licencia. Pero lo mejor era cortar de raíz mi conexión con el mundo universitario. La primera vez que quisieron darme una suplencia en el colegio del pueblo, el rector, que había trabajado con mi madre, le pidió que no me presentara porque una docente lo había denunciado por nombrar a la esposa de un desaparecido. A lo largo del primer año di clases a alumnos particulares.

Mis hijos eran chicos felices siempre rodeados de otros. Cada tanto venían sus primos a quedarse. La casa siempre estaba llena de gente. Se habían integrado al ritmo del pueblo. Mi madre era una figura muy importante para ellos. El único que preguntaba de vez en cuando por Ángel era Mariano. Le había dicho que estaba de viaje, pero la mentira no funcionó. Estaba muy angustiado y agresivo y tuve que decirle la verdad.

Después pude entrar como profesora al colegio. Tuve varios cursos. Esta vez fui bien recibida y armé un mundo totalmente nuevo, con su cotidianeidad, aunque siempre bajo las normas de un Estado autoritario que puso un interventor ya que el rector había sido secuestrado. El ritmo de nuestras vidas estaba marcado por el calendario de la dictadura. Trataba de salir muy temprano para llegar a la primera hora de clase porque si me demoraba me convertía en

piedra el izamiento de la bandera y el himno en la plaza principal. Estaba prohibido moverse hasta que no terminara, podía ser causal de detención. Me hacía acordar al juego de las estatuas donde uno tiene que guardar la posición en la que cae.

Mi humor era desigual. A veces me calzaba los anteojos porque las ojeras eran reveladoras. Ni mis colegas ni mis alumnos nunca mencionaban ninguna circunstancia que se vinculara al régimen. Mientras tanto la ciudad se había llenado de carteles que proclamaban: «Los argentinos somos derechos y humanos». La respuesta a la campaña «anti-argentina» lanzada en el exterior. En ese sentido, yo vivía entre mundos claramente separados, entre la vida que había inaugurado en el pueblo y la que preservaba para mí sola, a la que daba rienda suelta en los viajes semanales a Tucumán.

En el centro del pueblo está la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Desde ahí el cura reinaba a campanazos, acompañados por un micrófono. Convertía al pueblo en su feligresía. Cuando llegué buscaba con desesperación una puerta de salida. Empecé a participar de los oficios. Era una manera de sentirme ligada a otras personas. Un día se me ocurrió pedirle al cura Reynaga, que me conocía de toda la vida, que rezara una misa por Ángel. Sin dudarlo me contestó: «la Iglesia no pide por subversivos». Me di cuenta que estaba muy equivocada, que nunca formé parte de la feligresía. Había escrito al nuncio Pío Laghi, incluso al papa Juan Pablo II que me mandó una medallita con bendiciones para que me acompañara.

El gran acontecimiento de 1978 fue la visita de Jorge Luis Borges a la Universidad de Tucumán, en particular a la Facultad de Filosofía y Letras. La cultura provincial estaba revolucionada y, aunque solo se permitía entrar a los claustros con documento, la gente se movilizó. Antes de morir, mi padre me había regalado las *Obras Completas*, el famoso libro gordo de Emecé. Mi impulso fue conocer a Borges. Pero me sentí un chico ante una vidriera de golosinas que no puede comprar. No podía ir a la facultad y, desde lejos, asistía al espectáculo de las profesoras vestidas de gala acompañando al viejo poeta. Pero no todo resultó bien; las autoridades estaban asustadas

porque el viejo poeta se permitió sus conocidas irreverencias acerca de la religión y los militares. Durante mucho tiempo se habló de ese hombre ciego que subió a la montaña del brazo de una de mis colegas y le pidió que le recitara versos de la *Eneida*.

Los tiempos traían nuevos aires para mí. Comencé a participar de actividades como congresos y encuentros fuera de Tucumán. En un viaje a Buenos Aires llamé por teléfono al departamento de Borges. Cuando le pedí una cita, ante mi asombro, me invitó a visitarlo en la calle Maipú. Con olor a comida, nos sentamos en unos viejos sillones en el living de la casa. No sabía muy bien qué decirle, pero me conmovió ese anciano. Cuando le expliqué que no había podido ir a su conferencia, me preguntó la causa. Me encontré en una situación inesperada contándole la historia del secuestro a un hombre que pertenecía a otro mundo. Me escuchó con amabilidad y me comentó, asombrado, que no sabía nada sobre estos hechos. Lejos de todo lo esperado, el encuentro tuvo un gran significado para mí. Por alguna razón, ese encuentro en un departamento de muebles antiguos fue un momento solo mío, después de mucho tiempo.

Escribo. Intento arrojar fuera de mí el tiempo viejo. Abrazar uno nuevo. La angustia me quema. Se interpone entre la vida y yo. Se cuela rastreramente en los agujeros que mi miedo le deja y me despoja de mí, me deja sola frente a un gran espejo vacío: «Escribí» me decía, oracular, un amigo: «Hacé como los grandes hombres que miran las altas cumbres». Lo mandé a la puta madre con los grandes hombres. Estoy hasta la coronilla de los grandes hombres y de sus recetas. Por ahí me quedo con las palabras pequeñas de las mujeres o las sonrisas de los niños. Pero en lo que sí estoy de acuerdo es en que no renuncio a las palabras. Son mías. Tengo derecho a ellas. Me las he ganado.

Estoy llena de preguntas, no entiendo quién soy y qué es mi vida. Todo junto: presente y futuro. Al pasado lo tengo cada vez más claro, pero también siento que mi cuerpo se rebela a seguir pegado a él. Es como si de un golpe hubiera salido o me hubieran sacado del transcurrir y ahora no sé cómo volver, cómo colarme de nuevo en la vida de todos, cómo abandonar esta suerte de épica donde me he instalado, donde me he construido una imagen confiable. Porque mirá que las épicas no son recomendables y los mártires pueden ser terribles y soberbios, aunque no por ello dejan de ser mártires. Me colocaron la máscara de la mujer de la víctima con una carátula trágica protectora. Lo único que pude hacer. Sostenerme en algún espacio que

me explica. Y alguien me susurró «sos tigre» y los tigres son buenos para las épicas, aunque nadie se llevaría un tigre a la casa. Solamente muerto y para que le sirva de alfombra, para pisarlo y exhibirlo; en una de esas para colgarlo de la pared. Lo que no me hace mucha gracia. Ya he experimentado la sensación de estar en la pared de otro.

Durante años viví todas las muertes y todas las vidas. No me permití huecos. Soporté fantasmas míos y ajenos. Cómo comprendí los versos de Manuel Scorza: «Lentamente, / ruina a ruina, / muerto a muerto, / mi corazón cubrió la herrumbre, / mas cuando llegó el día, / me bastó abrir el pecho / para que salieran mis muertos queridos /...¿ dónde estaban? Rotos, / llovidos, gastados, hasta la última hilacha! / Ay, todos navegaban por la muerte, 7 yo estaba encallado entre los vivos». Me di cuenta que yo también moriría si no hacía algo. En ese mundo imaginario yo dialogaba, convivía con fantasmas cuyo regreso nadie se atrevía a cuestionar. La muerte me acechaba con sus peores rostros. Sí, la muerte tiene diferentes caras y aunque parezca extraño, unas son más temibles que otras. Tres años donde todos los días solo los rituales mantenían vivo un eterno monólogo de muertes reales y engañosos renacimientos. Y cuadernos donde obsesivamente registraba todo aquello que el otro se perdía de mi vida, renovando promesas hasta con regalos que cuidadosamente guardaba con la ropa para el viaje que realizaríamos, salvándonos para siempre de este país, de esta gente. Porque ya no habría dudas: nadie nos tocaría la puerta mientras pintábamos la casa. Nunca más permitiría que me tranquilice una voz masculina que simula manejar la situación.

Un quiebre había cambiado todo. Me había acercado a otros con mundos distintos. Hoy debo encontrar un modo de instalarme en el presente. Abandonar la doble escena en la que quedé fijada y volver los ojos hacia el presente. En esta historia hay mucho dolor, pero también mucho amor. De golpe un paisaje humano distinto. De golpe un encuentro conmigo misma.

San Miguel de Tucumán, 14 de mayo de 1976

Sr. Delegado Militar en la
Universidad Nacional de Tucumán
Coronel Eugenio Antonio Barroso
S———/———D

De mi mayor consideración:

Me dirijo a Ud. a los efectos de solicitar la reconsideración y consecuente revocatoria de la resolución DM-Nro.150-76 por la cual se dispone mi baja en el cargo de Profesor Adjunto con dedicación exclusiva de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología de la UNT, por haberseme encuadrado dentro de los alcances de las disposiciones contenidas en el artículo 1ero de la Ley 21.260.

Rechazo categóricamente el que pueda encuadrarse dentro de los alcances de la Ley 21260 ya que:

- 1) No tengo ninguna relación, conexión, pertenencia, afiliación a ninguna organización política reconocida (partido, asociación, grupo, secta, organización, etc.) legalmente y mucho menos reconocida o de carácter subversivo. Mi conducta como docente se ha ajustado a los deberes de mi función y a las de un ciudadano digno y respetuoso de las leyes y las tradiciones nacionales. No estoy ni he sido procesado y/o detenido por ninguna causa, mucho menos por razones relacionadas con leyes antisubversivas.
- 2) No tengo ni he tenido ningún tipo de actividades disociadoras. Más aún, creo que, como lo he puntualizado en mi presentación anterior al Sr. Delegado Militar (con fecha 9 de abril del corrien-

te año) mi trabajo ha servido para colaborar eficazmente en el mejoramiento de la universidad, tanto en sus aspectos docentes como de investigación. Aunque estimo que no es mi obligación probar mi buena conducta, con el ánimo de aportar elementos de juicio para una mejor decisión elevé a Ud. las notas del Dr. Miguel Katz, Ingeniero Atilio Sosa e Ingeniero Agrónomo Edmundo Cerrizuela, quienes daban fe de las características de mi trabajo como docente e investigador. Por otra parte, señalo que había sido designado por el Claustro Docente del Instituto de Ingeniería Química Coordinador de la Comisión de Transferencia de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNT a propuesta de sus integrantes y miembro organizador del Encuentro Nacional de Investigadores Azucareros, funciones estas de carácter *ad honorem*.

Este conjunto de hechos, así como los otros mencionados en mi presentación anterior y Curriculum Vitae, demuestran palmariamente que mi conducta era valorada en un sentido ampliamente constructivo y no disociativo o negativo como tendería a indicar la medida dispuesta por el decreto.

Quiero señalar, por otra parte, que la resolución antes mencionada no se asienta, ni puede asentarse por los elementos antes señalados, en causa alguna que la justifique, por lo que me encuentro en una situación en la que se me encuadra dentro de los alcances de la ley 21.260 sin causa justificada y probada, sin sustanciación de sumario y en total desconocimiento por mi parte de los antecedentes, circunstancias, hechos que la motivaron, y por lo cual no puedo ejercer el legítimo derecho de defensa que me asiste, garantizado en normas constitucionales y leyes de procedimiento administrativo.

Por otra parte, la separación de mi cargo mediante el decreto DM Nro.150-76, no solo me ha cercenado el derecho (adquirido en instancias absolutamente legales y enmarcadas dentro de las normas y conductas universitarias) de ejercicio de la docencia universitaria, sino que al encuadrármese dentro de la ley 21.260 (teniendo el

señor Delegado Militar otros instrumentos legales para realizar la separación del cargo) ha lesionado mi reputación personal y profesional así como la de mi familia ya que, si bien quienes me conocen no tienen dudas de mi corrección personal y profesional, la medida tiende a desprestigiarme socialmente por hechos, acciones o conductas ajenas a mí.

En consecuencia, por los elementos antes señalados solicito la revocación de la medida emergente del decreto DM Nro. 150-76.

Sin otro particular, y esperando una resolución favorable, saludo al Sr. Delegado Militar con mi mayor consideración.

Licenciado Ángel Mario Garmendia

Policía de la provincia de Tucumán
Acta de Denuncia de Secuestro Personal

En la Ciudad de San Miguel de Tucumán, Departamento de la Capital a los veintidós días del mes de junio del año mil novecientos setenta y siete y siendo las horas doce y treinta minutos comparece ante esta oficina policial una persona la que previo juramento en legal forma que certifica su identidad, dijo llamarse Carmen Perilli de Garmendia, argentina, instruida de 26 años, casada de profesión docente, DNI 6.495.142, con domicilio en Avda. Roca N° 713 se presenta en esta jurisdicción policial. Quien expuso la siguiente denuncia verbal que la misma casada legalmente hace cuatro (4) años con el ciudadano Ángel Mario Garmendia, argentino, casado de 33 años profesión Químico, DNI 8.084.214 con igual domicilio que la declarante y que en el día de ayer 21-6-77 al mediodía su esposo había regresado del trabajo a los fines de almorzar y que como a las horas trece y treinta golpearon a la puerta saliendo a ver quién era en cuyas circunstancias irrumpieron a su domicilio cinco (5) personas de sexo masculino de regular físico siendo cuatro (4) de cuerpo grueso y alto (1) uno solo de estatura baja, vestían de ropa *sport* y de traje color gris y uno llevaba un buzo color crema cuya edad de los mismo oscilaban de 35 a 45 años respectivamente los que se bajaron de un automóvil verde sin chapa patente interpellando a la demandante quién era el dueño de casa manifestando ella que la dueña era Lidia Merlo de

Garmendia. Acto seguido los mismos se identificaron que eran de Coordinación Federal respondiendo los mismos que buscaban al dueño del automóvil R.12 color azul que se encontraba estacionado frente al domicilio que era de propiedad de Miguel Dante Perilli y le manifestaron a su esposo que los acompañara hasta el vehículo a los fines de que lo vieran afuera ya que decían que el mismo había sufrido un accidente de tránsito con un ciclista y acto seguido lo subían al coche que llegaron y lo llevaron con rumbo desconocido y que luego de esperarlo en vano el regreso de su esposo y dado el tiempo transcurrido es que decidió de llegarse en la fecha a esta comisaría, solicitando que se adoptaran los medios que por ley corresponde a los fines de dejar declarado este hecho, ya que presume que el mismo fue víctima de un secuestro, acusando a él o los autores de este hecho, que no siendo se da por finalizado este acto previa lectura que se le da se ratifica y firma para constancia.

Carmen Perilli de Garmendia

CAUSA
«Jefatura de Policía de Tucumán
s/secuestros y desapariciones»,
Expte. J – 29/09.–

7.2.13 Hechos relacionados
con Ángel Mario Garmendia

Ha quedado acreditado en la audiencia que Ángel Mario Garmendia fue secuestrado el día 21 de junio de 1977, en horas del mediodía, en el domicilio de su madre sito en avenida Roca 713 de la ciudad de San Miguel de Tucumán. En la fecha que se menciona la víctima y su esposa Carmen Noemí Perilli volviendo de Aguilares habían decidido almorzar en casa de la madre de la primera. En la vivienda se encontraban además del matrimonio, la madre de Ángel Mario Garmendia, dos hermanas de ésta y Lidia Argentina Sosa, empleada doméstica (Declaración prestada en la audiencia por Carmen Noemí Perilli). En la audiencia César Guillermo Garmendia —hermano de Ángel Mario— relató que el operativo que derivó en el secuestro de la víctima tuvo comienzo cuando en el domicilio de avenida Roca 713 recibieron —antes que llegara allí el matrimonio Garmendia-Perilli— una llamada preguntando si estaba su hermano y la madre respondió que estaba por llegar. Posteriormente tocaron el timbre tres o cuatro personas armadas, vestidas de civil, con polera y cuello alto. Se presentaron en la vivienda con el pretexto de haber concurrido al lugar para detener a Ángel Mario Garmendia en razón de que éste había atropellado a una persona en

la calle (declaraciones prestadas en la audiencia por César Guillermo Garmendía, Lidia Argentina Sosa, Carmen Noemí Perilli). Carmen Noemí Perilli relató en la audiencia que uno de los hombres pasó directamente al fondo. También señaló que al ver que los hombres portaban armas debajo de los sacos se dio cuenta de la situación, se acercó a uno de ellos y le preguntó quiénes eran y le exigió que mostraran una credencial que los identifique. Lidia Argentina Sosa en la audiencia manifestó que la víctima luego de buscar una documentación salió a la calle y que tres hombres lo introdujeron con violencia en un auto mientras su esposa gritaba preguntando por qué lo llevaban y diciendo que era mentira que su marido había atropellado a alguien. Perilli dijo en la audiencia que su marido intentó tranquilizarla diciéndole «no te hagás problema, no va a pasar nada, ya voy a volver». Luego de que el vehículo —un Falcon verde junto a otros dos vehículos según declaró en la audiencia su esposa— en el que era secuestrado Ángel Mario Garmendía se alejó, su familia nunca más volvió a verlo. Las gestiones realizadas por los familiares de Ángel Mario Garmendía no permitieron hallarlo. Carmen Noemí Perilli señaló en la audiencia que salvo la información extraoficial de que se encontraba detenido en la policía, no obtuvieron ninguna respuesta. César Guillermo Garmendía relató en la audiencia que la familia hizo denuncias en la policía, que consultaron en la Jefatura de Policía. También señaló que él, por las relaciones que tenía, logró concertar una audiencia con Arrechea, quien le preguntó acerca de las distintas circunstancias del secuestro. Cuando se las relató el testigo, le comentó a Arrechea que estaba seguro que el secuestro había sido realizado por la policía de Tucumán porque la mucama había identificado a uno de los secuestradores como uno de sus miembros; y Arrechea le dijo que eso era imposible porque las fuerzas de seguridad no hacían secuestros, menos tratándose de personas que tenían hijos chicos. El testigo también manifestó que se entrevistó con una persona del Ejército que le dijo que se quedara tranquilo, que el hermano estaba en manos de las fuerzas de seguridad; y que también lo hizo con el ministro Ballofet y con

Zimmermann, quienes se pronunciaron en similares términos que Arrechea. Indicó que las gestiones realizadas ante el arzobispo de Tucumán tampoco dieron fruto; y que si bien solicitó una audiencia en el Ministerio del Interior no le fue concedida, que solo le permitieron presentar una denuncia. Agregó que realizaron denuncias ante la OEA y Amnesty Internacional y que su madre interpuso *habeas corpus*, entre otras innumerables gestiones para dar con el paradero de su hermano. Indicó que en una oportunidad se dirigió a la Policía Federal, que lo recibieron, que lo hicieron pasar y que lo tuvieron encerrado en una habitación hasta las 15:00 o 16:00 hs. Que allí le informaron que el secuestro de su hermano era un hecho suscitado en Tucumán y que, en consecuencia, no correspondía que acudiera a la Policía Federal porque iba a tener problemas. Ante esa respuesta el testigo señaló que no hizo la denuncia porque tuvo miedo, ello debido a que nadie sabía que él iba a ir a la citada dependencia. César Guillermo Garmendía también relató que a raíz del hecho de que tenía una prima en la OEA y de sus contactos con Francisco Sassi Colombres, pudo entrevistarse en Buenos Aires con el presidente de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos 264 cuando el organismo internacional vino al país, que la persona que se menciona le dijo que conocía de la situación de su familia porque su prima se la había contado, y que la información que tenían de los desaparecidos en la Argentina era que no quedaba nadie vivo. Finalmente indicó que con la llegada de la democracia tomó contacto con la CONADEP. Lidia Argentina Sosa en su testimonio brindado en la audiencia señaló que a uno de los secuestradores lo había visto con anterioridad en la Jefatura de Policía de Tucumán, circunstancia que no puede sino ser enmarcada en el contexto de la presente causa en la que se ha probado la existencia de un grupo de tareas que operaba bajo la órbita del SIC en el centro clandestino de detención Jefatura de Policía de Tucumán. De otra parte, César Guillermo Garmendía ha relatado en la audiencia que dos meses antes del secuestro de su hermano se había producido el de un íntimo amigo suyo, Ricardo Torres Correa —una de las víctimas

de los presentes autos que se ha probado que estuvo detenida en la «Jefatura»—, persona con la que su hermano —que era licenciado en química— había formado una empresa para la elaboración de productos químicos luego de que ambos fueran dejados cesantes en la UNT. La circunstancia de que la víctima y Torres Correa fueron objeto de la actividad de inteligencia desplegada por las fuerzas de seguridad —primer paso en la secuencia que posteriormente derivaba en secuestros, torturas y homicidios conforme ha quedado acreditado en este juicio— se ha probado por el testimonio prestado en la audiencia por Ernesto José Segundo Cruz, detenido clandestino en el Arsenal Miguel de Azcuénaga, alumno de Ángel Garmendia, quien relató que los interrogatorios a los que fue sometido versaban sobre las actividades de Torres Correa y de Ángel Garmendia. Los hechos que se ponderan permiten acreditar que la víctima estuvo detenida ilegítimamente en el centro clandestino de detención Jefatura de Policía de Tucumán, extremo que también se ha probado por la declaración en la audiencia del testigo Juan Martín Martín, quien indicó que supo que Ángel Mario Garmendia estuvo detenido en el lugar que se menciona. El secuestro en «Jefatura» de la víctima, sin embargo, también ha sido acreditado por la documentación del D 2 aportada en la audiencia por el testigo Clemente; en ésta a fs. 03 de la lista «Índice de delincuentes subversivos» puede leerse el nombre Ángel Mario Garmendia seguido del Poder Judicial de la Nación Año del Bicentenario Tribunal Oral en lo Criminal Federal de Tucumán 265.



CARMEN PERILLI es Doctora en Letras. Ha sido Profesora Titular de Literatura Latinoamericana en la Universidad Nacional de Tucumán e Investigadora del CONICET. Ha trabajado con la narrativa contemporánea latinoamericana de los siglos XX y XXI. Entre sus libros se cuentan *Imágenes de la mujer en Carpentier y García Márquez*, *Historiografía y ficción en la narrativa latinoamericana*, *Países de la memoria y el deseo*, *Relatos infieles*. Tomás Eloy Martínez.

[FOTOGRAFÍA: DIEGO ARÁOZ]

COLECCIÓN **TESTIMONIOS**

dirigida por Daniela Gauna

Huellas ante el olvido.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).

Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener
y Valentina Miglioli

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos
Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo
del Peral (www.huertatipografica.com).

Perilli, Carmen

Improlijas memorias / Carmen Perilli ; prólogo
de Silvia Rossana Nofal. - 1a ed. - Santa Fe :
Universidad Nacional del Litoral, 2021.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera /
Testimonios)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-279-1

1. Literatura Testimonial. I. Nofal, Silvia
Rossana, prolog. II. Título.

CDD 808.883

© Carmen Perilli, 2021.

© del prólogo: Rossana Nofal, 2021.

© de la editorial: Vera cartonera, 2021.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional